ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

GRANDES JEFES MILITARES (II)

17



Editorial
Rombo

ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

GRANDES JEFES MILITARES

(II)

Anthony Livesey

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Luis Ogg

Título original:
Great Commanders and their Battles
A Marshall Edition

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

ISBN: 84-86579-63-5 (Volumen 17)
84-86579-67-8 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S.A (14-4-95)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

Gustavo Adolfo *1594-1632*

Gustavo Adolfo ha sido llamado el "padre de la guerra moderna". En efecto, buena organización, adiestramiento, moral alta y la eficaz combinación de todas las armas de caballería, infantería y artillería hizo del ejército sueco el más avanzado de su época y gran parte del éxito de Gustavo en el campo surgía de su dominio de la planificación y administración.

Cuando accedió al trono de Suecia en 1611, Gustavo Adolfo no tenía todavía 17 años, pero su formación había sido admirablemente amplia. Estaba bien versado en latín (todavía la lengua de la diplomacia), sabía algo de griego y dominaba el inglés y el alemán. Al final de su vida se dice que tenía nociones de, por lo menos, ocho lenguas. Gustavo Adolfo también estaba instruido en leyes, historia y teología (era un luterano devoto, pero no beato). Su formación en las artes militares era, sin embargo, teórica. En los aspectos prácticos de su profesión, Gustavo era en gran medida autodidacto, pero su planteamiento era original e innovador; estuvo, por ejemplo, entre los primeros comandantes en usar el telescopio recién inventado.

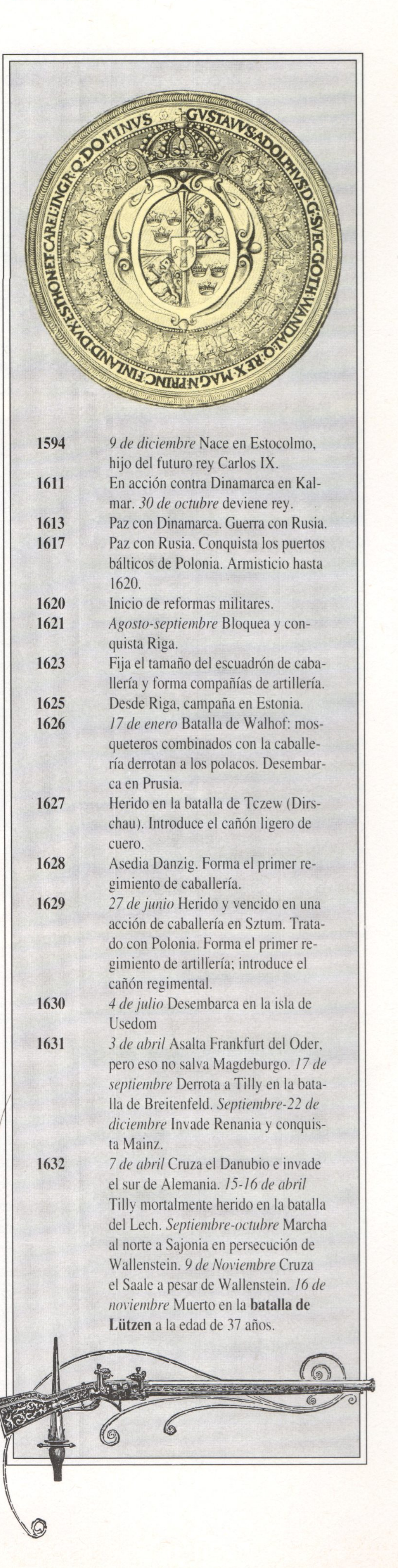
Gustavo era un hombre de gran valor personal, alto para la época, pero de anchas espaldas, de manera que su estatura parecía menor. Su barba apuntada y pelo corto eran rubio-castaños, lo que le ganó el mote de "León del Norte". De constitución robusta, era algo torpe, pero podía enfrentarse con un hacha al más fuerte de sus hombres. Se enorgullecía de compartir sus dificultades y, en campaña, vivía casi igual que sus soldados. Incluso su vestimenta era tan sencilla como la de ellos, salvo que habitualmente llevaba una faja o una capa escarlata.

No obstante, Gustavo era, por encima de todo, un rey: autocrático, seguro, con una voluntad que no aceptaba el desafío. Aquí residía, en parte, el secreto de su éxito militar. Como rey, podía disponer sus fuerzas como quería: era su propio comandante en jefe. Eso le daba, como más tarde daría a Federico el Grande y a Napoleón, una libertad de acción total, ventaja concedida a pocos comandantes modernos.

Aunque franco y soldadesco, Gustavo era un personaje complejo. Los embajadores, engañados por su sencilla amistosidad, aprendían pronto a apreciar su conocimiento —tanto teórico como práctico— y su agilidad mental, que le permitía hacer juicios rápidos y certeros. También tenía uno de los atributos esenciales del gran comandante: comprendía la naturaleza humana y fue capaz de rodearse de hombres de talento y de confianza, incluso entre sus mercenarios escoceses e irlandeses. Y, mientras era abrupto en el cese de oficiales ineficaces, ascendía rápidamente, por sus méritos, al más humilde peón. Por encima de todo, inspiraba una lealtad reverencial en casi todos los que sirvieron a sus órdenes.

De nadie es eso más cierto que de Axel Oxenstierna, el canciller sueco, consejero del rey desde su juventud. Taciturno y académico, Oxenstierna era el único hombre de quien Gustavo aceptaba tanto consejos sobre temas importantes como críticas hacia él sin reproche ni enfado. Su lazo duró toda la vida del rey, pues se complementaban exactamente. Gustavo tenía las pasiones impulsivas del genio, Oxenstierna el juicio sobrio del gran administrador. Cada uno confiaba absolutamente en el otro. Cuando Gustavo fue muerto en Lützen, sus tropas se lanzaron en una venganza frenética y luctuosa contra los hombres de Wallenstein; Oxenstierna disfrazó su dolor y llevó a cabo los planes del rey tal como aquél los había planteado.

Uno de los mayores tributos a Gustavo provino de Robert Munro, el capitán escocés, quien más tarde escribió: «Pues, aunque no hubiera sido rey, era un bravo guerrero y, lo que es más, un hombre bueno, magnánimo, sabio, justo, manso, imbuido de aprendizaje y con el don de lenguas y, al igual que tenía fuerza corporal y una estatura varonil, también poseía los adornos de la mente adecuados a un valiente comandante.»



1594	*9 de diciembre* Nace en Estocolmo, hijo del futuro rey Carlos IX.
1611	En acción contra Dinamarca en Kalmar. *30 de octubre* deviene rey.
1613	Paz con Dinamarca. Guerra con Rusia.
1617	Paz con Rusia. Conquista los puertos bálticos de Polonia. Armisticio hasta 1620.
1620	Inicio de reformas militares.
1621	*Agosto-septiembre* Bloquea y conquista Riga.
1623	Fija el tamaño del escuadrón de caballería y forma compañías de artillería.
1625	Desde Riga, campaña en Estonia.
1626	*17 de enero* Batalla de Walhof: mosqueteros combinados con la caballería derrotan a los polacos. Desembarca en Prusia.
1627	Herido en la batalla de Tczew (Dirschau). Introduce el cañón ligero de cuero.
1628	Asedia Danzig. Forma el primer regimiento de caballería.
1629	*27 de junio* Herido y vencido en una acción de caballería en Sztum. Tratado con Polonia. Forma el primer regimiento de artillería; introduce el cañón regimental.
1630	*4 de julio* Desembarca en la isla de Usedom
1631	*3 de abril* Asalta Frankfurt del Oder, pero eso no salva Magdeburgo. *17 de septiembre* Derrota a Tilly en la batalla de Breitenfeld. *Septiembre-22 de diciembre* Invade Renania y conquista Mainz.
1632	*7 de abril* Cruza el Danubio e invade el sur de Alemania. *15-16 de abril* Tilly mortalmente herido en la batalla del Lech. *Septiembre-octubre* Marcha al norte a Sajonia en persecución de Wallenstein. *9 de Noviembre* Cruza el Saale a pesar de Wallenstein. *16 de noviembre* Muerto en la **batalla de Lützen** a la edad de 37 años.

El rey Gustavo Adolfo h 1630; cuadro atribuido a Albert Cuyp.
El sello de Gustavo lleva la leyenda: "Señor Gustavo Adolfo, por la gracia de Dios rey de los suecos, godos y vándalos, gran príncipe de Finlandia, duque de Estonia y Carelia".



La batalla de Lützen / *16 de noviembre de 1632*

GUSTAVO ADOLFO DESEMBARCÓ en la isla de Usedom el 4 de julio de 1630 con un ejército de sólo 13.000 hombres; frente a él se hallaban fuerzas imperiales de unos 100.000. Pero en el plazo de dos semanas había ocupado Stettin, capital de Pomerania, y los duques de Pomerania y Mecklemburgo en breve se hicieron aliados suyos.

En esa fase temprana de su campaña Gustavo extrajo una ventaja inesperada de una decisión sorprendente tomada por el emperador Fernando II. Este había adquirido demasiada seguridad y creyó poder pasarse sin su comandante Albrecht von Wallenstein, cuyo poder había empezado a temer. Con el cese de Wallenstein, la mitad de los enemigos de Gustavo se retiraron de la guerra y el rey sueco se vio enfrentado a un ejército de sólo 40.000 hombres a las órdenes del conde von Tilly.

A pesar de su buena suerte, Gustavo, al principio, progresó poco. Los príncipes electores alemanes deseaban, ante todo, preservar sus propios territorios y no veían con mucho entusiasmo a Gustavo. Su desgana por luchar se modificó ante una tragedia que poco después cayó sobre la ciudad protestante de Magdeburgo. El ejército de Tilly estaba falto de vituallas y municiones, de modo que él y su general subordinado, Pappenheim, decidieron aliviar su situación mediante la conquista de la bien aprovisionada y estratégica ciudad de Magdeburgo.

En mayo de 1631, Gustavo estaba dispuesto para la batalla y marchó en alivio de la ciudad, pero el elector protestante Juan Jorge de Sajonia le negó el permiso para atravesar su territorio. Tilly renovó su asedio y el 20 de mayo, finalmente, la ciudad cayó.

Los resultados no fueron los planeados por Tilly. Sus tropas victoriosas, después de semanas de guerra de asedio con raciones reducidas, escaparon pronto al control. Pappenheim había incendiado una de las grandes puertas durante el asalto final, pero ya fuera eso o la soldadesca embriagada, se desconoce la causa de lo que siguió. Hacia mediodía, sin embargo, saltaron repentinamente las llamas casi a la vez en unos veinte lugares. Avivados por vientos racheados, los incendios desatados pronto convergieron y redujeron a cenizas toda la ciudad; de sus 30.000 habitantes sólo sobrevivieron unos 5.000. Aquí quedaba a la vista de toda Europa una atrocidad católica de proporciones horribles. Los estados protestantes se decidieron a la guerra y Gustavo emergió como su paladín natural.

La posición de Tilly ahora era desesperada, pues el incendio de Magdeburgo lo dejó todavía sin provisiones. La necesidad de suministros se convirtió en su única preocupación y a fines de agosto invadió Sajonia para saquearla. Parecía que quisiera des-

La guerra de los Treinta Años 1618-48

Cuando Gustavo Adolfo, el rey sueco, intervino en la guerra de los Treinta Años en 1630, tenía varios objetivos. Su intención, como dijo al Consejo Real, era «garantizar la posición de Suecia durante unos pocos años futuros».

Los orígenes de la guerra de los Treinta Años estaban en los enfrentamientos religiosos de los cien años anteriores. El materialismo y la vida opulenta de papas y jerarquía eclesiástica, junto con sus abusos económicos, provocaron la revuelta y, en 1517, Martín Lutero clavó en la puerta de la iglesia de Wittenburg una lista de 95 tesis. El espíritu del protestantismo ejerció una gran atracción, especialmente en gran parte de Alemania, Suiza e Inglaterra, y para 1560 sólo poco más de una cuarta parte de los súbditos del sacro emperador romano era todavía católica.

En 1618, no obstante, la fuerza impulsora hacia la guerra europea fue la política más que la religión. En esencia, fue una lucha entre los príncipes protestantes alemanes, con sus aliados protestantes (en momentos diversos, Dinamarca, Inglaterra, Suecia y los Países Bajos) y el imperio de Habsburgo.

El levantamiento contra el emperador Fernando II comenzó en mayo de 1618 en Praga, cuando dos funcionarios reales fueron tirados por la ventana por miembros protestantes de la dieta, o parlamento, de Bohemia. La insurrección de Bohemia fue reprimida furiosamente, pero las luchas pronto se extendieron al Palatinado.

Al principio, los Habsburgo se lo llevaron todo por delante. Entonces, en 1624, temiendo el poder creciente de los católicos, el rey Cristián IV de Dinamarca entró en guerra. enfrentado a dos comandantes formidables, Wallenstein y Tilly, el avance danés se estrelló y, en 1629, los daneses se retiraron de la guerra.

La invasión del norte de Alemania por Gustavo, al año siguiente, era estratégicamente sensata. La población de Suecia —y, por lo tanto, su ejército— era reducida en comparación con la de las potencias europeas. Le resultaría, pues, imposible guardar la enorme línea costera contra una invasión de los Habsburgo. Además, si Gustavo podía conquistar Silesia, le permitía neutralizar el poder de Polonia. Era una decisión sagaz.



truir Leipzig tal como lo había hecho con Magdeburgo.

Juan Jorge, elector de Sajonia, firmó rápidamente un pacto militar con Gustavo. Los dos ejércitos se encontraron en Duben y avanzaron al sur para aliviar Leipzig. El 17 de septiembre de 1631 se enfrentaron las fuerzas protestantes e imperiales en Breitenfeld. Tilly confiaba en su selecta formación española de peso, con masas de piqueros guardados por mosqueteros; Gustavo en la maniobrabilidad de nuevo trazo de su ejército. El resultado fue decisivo: la Santa Liga Católica perdió 13.000 hombres, los suecos menos de 3.000.

En abril de 1632 Gustavo venció de nuevo a las fuerzas imperiales en la batalla del Lech, donde Tilly fue herido de muerte. Gustavo entonces marchó hacia Munich, al sur del Danubio, y Fernando, muy alarmado, volvió a nombrar a Wallenstein. Gustavo había calculado que su marcha hacia el sur atraería a su oponente fuera de Sajonia en su persecución. Wallenstein, sin embargo, adivinó el plan e invadió Sajonia.

Mientras Gustavo se preparaba para sitiar Ingolstadt, en el Danubio, recibió el 8 de octubre la noticia de que el ejército principal imperial había cruzado la frontera sajona por el este tres días antes. Eso significaba que pronto estaría sobre las líneas de comunicación de Gustavo al norte, al Báltico y a Suecia. Esa situación era demasiado peligrosa como para tolerarla. Gustavo, por lo tanto, dejó pequeños destacamentos en Baviera y marchó al norte, a Erfurt, en Sajonia: unos 260 km en 18 días.

Desde Erfurt, Gustavo se trasladó a Naumburg el 31 de octubre y allí atrincheró a su ejército. Wallenstein, mientras tanto, había avanzado, más lentamente, hacia Leipzig. Los ejércitos estaban separados ahora unos 40 km. Pero los primeros días de noviembre resultaron repentina e inesperadamente fríos, de modo que Gustavo trasladó a algunos de sus soldados, de noche, a acantonamientos en Naumburg. Esto confirmó la creencia de Wallenstein de que el rey sueco no pretendía combatir ese año y permitió que Pappenheim y su caballería se trasladaran al oeste y ocuparan Halle para el invierno. Wallenstein se quedó con un ejército que comprendía unos 20.000 hombres; Gustavo tenía unos 12.000 peones y 7.500 jinetes. Wallenstein se retiró a Lützen para establecer sus cuarteles de invierno.

Ahora Gustavo se decidió a dar batalla pues, aunque todavía no tenía la ayuda sajona, Wallenstein no tenía a Pappenheim. Era esencial actuar con rapidez, pero aquí la suerte se volvió contra los suecos. Rudolf von Colloredo, un comandante imperial de caballería, se topó con el ejército en avance de Gustavo. Se dio cuenta de que pretendían atacar, avisó a Wallenstein y libró un combate dilatorio detrás del Rippach, un pequeño río que atravesaba el camino de Gustavo a Lützen. Para cuando los suecos hubieron atravesado el río era media tarde; no se podría entablar batalla ese día. Wallenstein tenía, pues, tiempo para convocar a sus tropas de sus vivaques y llamar a Pappenheim, con sus 8.000 hombres. Lo peor de todo, Gustavo había perdido el elemento sorpresa.

Wallenstein, que había creído que la guerra habría terminado para ese invierno, quedó asombrado cuando, a las 10.00 h del 15 de noviembre, oyó tres disparos de cañón, la señal acordada con que Colloredo anunciaba el avance del enemigo. Con prisa desesperada escribió a Pappenheim, todavía a 56 km de distancia: «Señor, dejad estar cualquier otra cosa y volved a mí a toda prisa con toda vuestra fuerza y artillería». Esa noche glacial, los dos ejércitos estuvieron enfrentados, cada regimiento «tendido en el mismo orden en que había marchado».

Entre los dos ejércitos, en la llanura de Lützen, una de las más planas de Alemania, corría la carretera a Leipzig, al nordeste. En este lugar se había construido sobre un terraplén, a ambos lados del cual había fosos que los soldados de Wallenstein trabajaron toda la noche en ahondar para que dieran abrigo a sus mosqueteros. A unos 3 km al nordeste de Lützen la carretera cruzaba una pequeña corriente canalizada conocida como Flossgraben.

Wallenstein desplegó su ejército en una sola línea al norte de la carretera. Su ala dere-

La reorganización del ejército sueco

El rey introdujo en 1620 la conscripción para todos los varones suecos sanos hasta la edad de 50 años; con un mínimo de 20 años a la edad de quince. Estos soldados eran adiestrados constantemente y bien disciplinados y, no sólo tenían uniformes, sino también distintivos regimentales, lo que reforzaba la moral y les daba la sensación de pertenecer a un auténtico ejército nacional. La falta de hombres significaba que Gustavo también debía confiar en mercenarios, principalmente escoceses, irlandeses y alemanes, pero estaban organizados y equipados como los suecos.

La brillantez táctica de Gustavo se evidencia en el entendimiento de dos aspectos esenciales de la guerra: la movilidad de un ejército y su potencia de fuego. Incrementó la proporción de mosqueteros sobre piqueros, haciendo del mosquete el arma principal. Con su reorganización, hacia 1620, una compañía comprendía 72 mosqueteros pero sólo 54 piqueros. Cuatro compañías formaban un batallón, ocho batallones un regimiento. En 1630, brigadas permanentes, distinguidas por banderas y compuestas de dos, tres o cuatro regimientos, componían la formación principal de batalla.

Gustavo acortó el mosquete a 1,2 m, eliminando así la necesidad de un punto de apoyo para disparar, y lo aligeró a 6,8 kg; las hileras se redujeron de 10 a 6 para aportar una mayor potencia de fuego lineal. Los mosqueteros eran adiestrados a disparar en salvas de dos o tres hileras en lugar del fuego por rotación, y las armas de 5,5 m de los piqueros se usaban para explotar el efecto de esa potencia de fuego más que simplemente para la defensa.

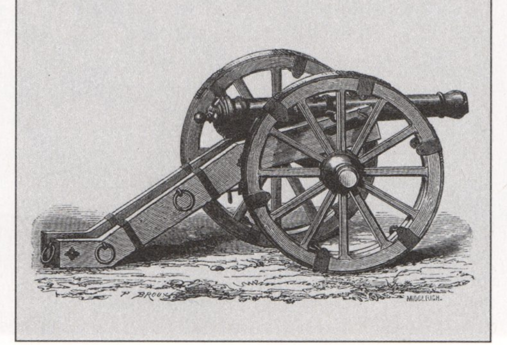
La caballería, gran parte de la cual estaba formada por voluntarios bálticos con caballos pequeños, se dividía en coraceros, armados con espada y pistola, y dragones, o mosqueteros montados. Basado en su experiencia con los agresivos lanceros polacos, el rey adiestró a su caballería ligera a cargar al galope con las espadas desenvainadas; las pistolas eran definitivamente el arma secundaria. Otra innovación fue el empleo de ingenieros, minadores y zapadores civiles como auxiliares, a mano siempre que se necesitaran.

La artillería de campaña sueca

Acaso la mayor innovación militar de Gustavo estuvo en el campo de la artillería pues, aparte del equipamiento, en 1629 formó el primer regimiento de artillería. Los 16 tipos de cañón anteriores se normalizaron en tres calibres y el rey también buscó un cañón ligero para reforzar sus nuevos regimientos de infantería: un "arma de apoyo".

También en 1629 presentó un cañón de 4 libras de calibre 66 mm y 272 kg de peso que podía ser arrastrado por dos caballos. Al alambrar la bala a una carga de pólvora en un cartucho primitivo, su velocidad de disparo pudo incrementarse a tres veces la de los cañones que todavía tenían que ser cargados con pólvora. Con 9,4 cañones por cada 1.000 hombres, Gustavo tenía una potencia de fuego única, muy integrada y móvil que podía superar a cualquiera de la de sus enemigos. En Lützen intervinieron más de 40 de esos cañones regimentales.

Cañón sueco del s. XVII



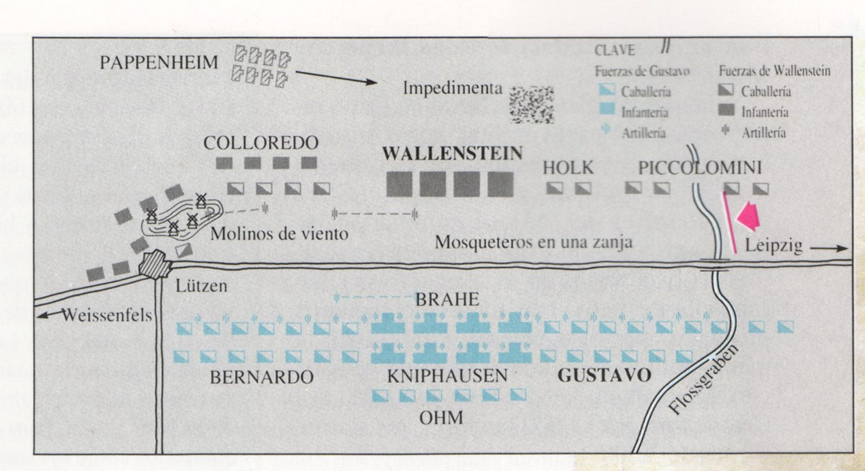
La batalla de Lützen / 2

En Lützen, Gustavo Adolfo se dispuso a rodear el flanco izquierdo vulnerable de Wallenstein, para empujar a su ejército atrás hacia Lützen e impedir que ocupara la carretera de Leipzig, por la que Gustavo esperaba que llegaran en su ayuda las tropas del elector de Sajonia.

Esta táctica de rodear un solo flanco incluye atraer la atención del enemigo con diversiones, tales como fuego graneado o de artillería, en un sector del campo antes de lanzar el ataque principal en otro lugar.

El peligro principal es que, al destacar unidades para reforzar un ala, se debilitan otros puntos del frente. Si el contrario ve que eso ocurre o adivina la maniobra, como Gengis Khan lo hizo en la batalla del Indo, el resultado puede ser catastrófico.

Pero también pueden intervenir circunstancias imprevistas: en Lützen, no se pudo explotar el éxito inicial de Gustavo en el momento crucial, cuando parecía que la maniobra estaba a punto de conseguir su objetivo, pues de repente cayó la niebla. En consecuencia, se hizo imposible el mando organizado, y los suecos no pudieron sacar todas las ventajas de su gran oportunidad.



La mañana del 16 de noviembre de 1632, una espesa niebla cubría la llanura ante Lützen, donde los ejércitos de Gustavo Adolfo y de Wallenstein estaban desplegados uno enfrente del otro.

El ejército sueco (**2**) estaba alineado en dos líneas de caballería e infantería, con sus cañones de campaña y una fuerza de reserva; las de Wallenstein en una sola línea con los tercios de tipo español (**6**) —grandes cuadros de piqueros y mosqueteros— en el centro.

Wallenstein había incendiado antes la población de Lützen (**4**) para cortar a sus tropas esa línea de retirada y para impedir que los suecos la rodearan y los atacaran por el flanco derecho. En la pequeña elevación conocida como colina de los molinos (**5**) había colocado sus nueve cañones pesados.

La batalla empezó con fuego de artillería y cargas esporádicas de caballería por ambas partes a lo largo de toda la línea. Después de una hora, los suecos habían presionado adelante hacia el borde de la carretera de Leipzig. Durante la noche anterior, los hombres de Wallenstein habían cavado las fosas a ambos lados de la carretera elevada, y ahora estaban ocupadas por mosqueteros (**3**).

Hacia las 11.00 h se alzó la niebla y apareció un sol pálido. Este era el momento que Gustavo esperaba. Sin armadura y con su conocida faja roja, el rey (**8**) condujo a su caballería del ala derecha (**1**) en una carga feroz y superó a los mosqueteros.

El rey fue herido casi de inmediato, pero se mantuvo al frente de sus hombres y se enfrentó a la caballería pesada de Piccolomini (**7**). A pesar de su oposición decidida, los jinetes de Gustavo los empujaron atrás y sólo la llegada de Pappenheim con refuerzos previno una desbandada.

Luego cayó de nuevo la niebla; en la lucha confusa que siguió murieron tanto Pappenheim como Gustavo. Cuando los suecos supieron de la muerte de su querido jefe, prosiguieron su ataque con un espíritu feroz de venganza. Finalmente superaron los cañones de la colina de los molinos y, a última hora de la tarde, Wallenstein se retiró hacia Leipzig.



cha estaba apoyada en un grupo de molinos de viento en terreno elevado justo al norte de Lützen, su izquierda en el Flossgraben. Dividió a su ejército en tres secciones: centro, izquierda y derecha. El centro comprendía una masa de infantería; a izquierda y derecha estaba la caballería. Sus cañones, probablemente poco más de 30 en total, estaban colocados en dos baterías, una delante de su ala izquierda, la otra delante de su centro derecha.

Gustavo había comenzado a avanzar al amanecer, pero la niebla de noviembre era tan densa que hubo de detenerse, aunque sabía que cada minuto acercaba más a Pappenheim a la batalla. El objetivo principal de Gustavo era aislar a Wallenstein de Leipzig, situada al nordeste. Eso no sólo privaría a Wallenstein de una base a la que poder retirarse, sino que también abriría la vía para Juan Jorge, elector de Sajonia, cuya fuerza de unos 1.500 hombres Gustavo esperaba de una hora a otra.

Gustavo desplegó a su ejército en dos líneas, una detrás de la otra. En el centro de ambas líneas colocó la infantería y la caballería en ambos lados. Él mismo mandaba el ala derecha, Bernardo de Sajonia-Weimar la izquierda. Detrás de todo el despliegue había una reserva de caballería y delante de la infantería había colocado, en el centro e izquierda, sus 26 cañones de campaña.

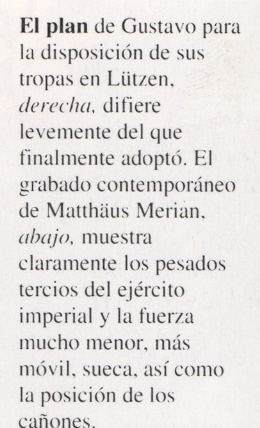
El problema táctico de Gustavo puede plantearse simplemente: había que desalojar a Wallenstein de una posición defensiva antes de que llegaran a la escena Pappenheim y su caballería. Por lo tanto, colocó a sus tropas de elite —caballería finesa y sueca— en su derecha con el fin de envolver el débil flanco izquierdo de Wallenstein.

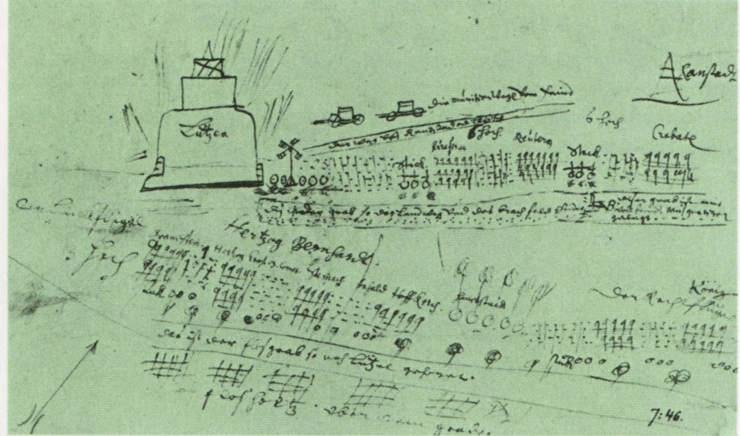
A pesar de la niebla, que descendía y se dispersaba impredeciblemente, el ejército de Gustavo estaba en posición de atacar hacia las 8.00 h. Pero poco después de las 10.00 h volvió a descender una niebla espesa, y el ejército hubo de esperar otra hora. Poco antes de las 11.00 h, sin embargo, apareció el sol y Gustavo pudo atacar... tres horas más tarde que sus planes.

Gustavo llevó adelante su caballería del ala derecha y barrió a los mosqueteros imperiales que cubrían la carretera. Recibió, casi de inmediato, un disparo en el brazo y su caballo fue herido en le cuello. No obstante, cargó contra la caballería pesada de Piccolomini en el flanco izquierdo de Wallenstein, haciéndola retroceder pronto. Justo entonces llegó Pappenheim, que restableció el orden entre las fuerzas imperiales en ese sector del campo de batalla, aunque fue herido de muerte en su ataque contra Gustavo. Ante eso, el pánico hizo que sus hombres dudaran; luego empezaron a huir regimientos enteros.

Mientras tanto, la caballería del flanco izquierdo de Gustavo había cargado y empujado atrás a la caballería de Colloredo. Casi al mismo tiempo, la infantería de Gustavo en el centro avanzó y tomó la batería de cañones central de Wallenstein, apoderándose de siete y volviéndolos contra los imperiales. La victoria sueca parecía segura; pero precisamente en esa fase crucial volvió a descender la niebla. No sólo impidió la lucha organizada, disciplinada, sino que ocultó a los suecos su dominio de la izquierda imperial e impidió que explotaran esa ventaja.

Mientras tanto, el ataque de Bernardo se frenó y la infantería sueca se vio brevemente rechazada, perdiendo la artillería que había capturado antes, rechazo que costaría la vida de Gustavo. No hay dos relatos contemporáneos de los pocos momentos siguientes que concuerden, pues la densa niebla reducía la visibilidad a unos pocos metros. Hay acuerdo general, sin embargo, en que Gustavo, al saber que su centro se retiraba, galopó hacia él con el regimiento de caballería de Smaland. Quedó separado de sus fuerzas en la niebla y se topó junto con sólo tres compañeros, con una unidad de caballería imperial.


El plan de Gustavo para la disposición de sus tropas en Lützen, *derecha*, difiere levemente del que finalmente adoptó. El grabado contemporáneo de Matthäus Merian, *abajo*, muestra claramente los pesados tercios del ejército imperial y la fuerza mucho menor, más móvil, sueca, así como la posición de los cañones.





Recibió un tiro casi de inmediato; su caballo lo llevó más profundamente entre la caballería enemiga y otro jinete le disparó por la espalda. Cayó al suelo y fue rematado, cara al suelo, por una bala en la cabeza. su caballo volvió, cubierto de sangre, a las líneas suecas, anunciando así a sus tropas la muerte del rey.

La muerte de Gustavo estimuló a sus hombres a mayores esfuerzos. No obstante, hacia las 14.00 h la batalla giraba contra los suecos. Bernardo de Sajonia-Weimar, en quien había recaído el mando sueco, decidió hacer un esfuerzo final supremo para ganar la batalla.

Su feroz ataque conquistó los molinos de viento uno a uno, junto con todos los cañones de Wallenstein. Pero hacia las 17.00h, cuando empezaba a anochecer, el asunto todavía parecía indeciso. En realidad, el resultado estaba claro. Wallenstein había perdido su base del ala derecha y toda su artillería; la derrota completa sólo fue evitada por la tenaz resistencia de su infantería, a la que se unió la de Pappenheim desde Halle.

Wallenstein, enfermo de gota y temeroso de la llegada de las fuerzas de Juan Jorge, cuyo número exageraba, no podía más: se retiró a Leipzig, dejando el campo a los suecos. Ambos bandos estaban exhaustos, faltos de munición y reducidos a dar culatazos de mosquete; la persecución por los protestantes era imposible.

Sólo se pueden estimar las pérdidas. Los expertos opinan que los imperiales sufrieron unos 10.000 muertos, heridos o prisioneros; los suecos probablemente perdieron 5.000-6.000 hombres. Las fuerzas de Gustavo Adolfo vieron escapar la victoria absoluta por la cruel presencia de la niebla y la guerra se alargó 16 años más.

Albrecht von Wallenstein 1583-1634



Dos veces general en jefe de las fuerzas imperiales, Wallenstein era un hombre de orígenes relativamente humildes que, mediante la habilidad militar, las manipulaciones financieras y la extorsión, adquirió vastos territorios y una gran fortuna. Estableció su poder aumentando sus tierras originarias con las de su rica novia, mediante compra y más tarde por requisa, hasta dominar la mayor parte de Bohemia. Su enorme riqueza le permitió reclutar ejércitos y prestar grandes sumas al emperador Fernando, haciéndolo así, su deudor.

En contrapartida, el emperador permitió a Wallenstein tal libertad de acción que no estaba obligado a consultar a Viena antes de emprender acciones militares. El resultado fue inevitable: los enemigos proliferaron en la corte imperial.

En 1630, mientras Fernando empezaba a temer su poder creciente, destituyó a Wallenstein, pero su capacidad estratégica y su éxito en la batalla lo hacían indispensable y sus enemigos no pudieron impedir su nuevo nombramiento en 1631. En el lapso de dos años, sin embargo, su derrota en Lützen y sus ardides lo dejaron sin confianza ni aliados. Su salud empezó a deteriorarse rápidamente y su estado mental, siempre variable, empezó a degenerar en locura.

En enero de 1634, Wallenstein causó alarma e indignación en la corte imperial al exigir de sus coroneles un juramento de lealtad personal. También se sabía que no sólo estaba en contacto con los aliados de Fernando, sino también con sus enemigos, lo que proporcionaba munición excelente a sus muchos enemigos. En febrero de 1634, el emperador ordenó que Wallenstein fuera llevado a Viena para ser interrogado o, si eso no fuera posible, que fuera asesinado. Sabiendo de la conjura, Wallenstein huyó a la fortaleza de Eger, cerca de la frontera con Sajonia, donde se metió en la cama nada más llegar.

La tarde del 24 de febrero, justo cuando cuatro de los más estrechos colaboradores de Wallenstein terminaban su cena, algunos dragones del emperador se abrieron camino al castillo y los mataron. Un momento más tarde, los oficiales entraron en la habitación de Wallenstein: fue lanceado a muerte mientras yacía inerme en la cama.

La paz de Westfalia

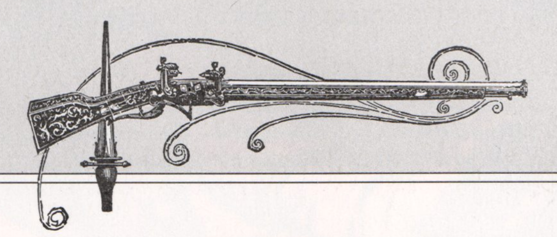
Si cualquiera de los grandes comandantes, Gustavo Adolfo o Wallenstein, hubieran vivido, la guera probablemente habría terminado pronto. Tal como fue, se alargó 16 años más y llegó a abarcar toda Europa. Francia, dirigida por la figura intrigante y poderosa del cardenal Richelieu, entró abiertamente en el conflicto al lado de Suecia en 1635; España se unió al bando imperial. La guerra era ahora, en realidad, un enfrentamiento entre las dinastías de Habsburgo y de Borbón, olvidadas ya hacía tiempo las disputas religiosas originales.

Para 1644, sin embargo, estaba claro que ninguno de los bandos podía conseguir una victoria neta y en 1648 se desarrolló una solución de compromiso en la paz de Westfalia. Se garantizó la tolerancia religiosa a los luteranos y calvinistas alemanes, aunque no en los territorios de Habsburgo, que permanecieron férreamente católicos. Los esfuerzos austroespañoles por restaurar el catolicismo romano en toda europa central habían fallado y Francia emergió como la primera potencia militar de Europa.

El verdadero perdedor fue la propia Alemania. En el país en que se había librado principalmente la guerra, la devastación era total. La ciudad de Marbugo, por ejemplo, fue ocupada once veces, Magdeburgo asediada diez veces. Pero los habitantes de la ciudad podían sobrevivir a menudo, mientras que los campesinos no tenían otra alternativa que huir. La agricultura, por lo tanto, se hundió y siguió el hambre.

Murieron unos ocho millones de alemanes. Se ha estimado que las ciudades alemanas perdieron un tercio de su población, las regiones rurales dos quintos. Sólo en Bohemia sobrevivieron sólo 6.000 pueblos de los 35.000 que había antes de la guerra. El comercio y la industria alemanes estaban tan destruidos como su agricultura.

El Sacro Imperio se convirtió en poco más que un nombre y el poder de los Habsburgo se vio muy reducido. Sin embargo, la paz de Westfalia marcó el fin de las guerras europeas por cuestiones religiosas y las fronteras políticas establecidas en ella resultaron insólitamente estables.



Vizconde de Turena *1611-1675*

Henri de La Tour d'Auvergne era el hijo segundo del príncipe soberano de Sedán y de Isabel de Nassau, hija de Guillermo el Taciturno, ambos protestantes convencidos. En su juventud, Turena no mostró ninguno de los atributos asociados habitualmente con un gran comandante. Parece haber tenido el cerebro lento y su tutor lo consideraba incapaz de expresar sus pensamientos; además, era físicamente delicado y parecía inadecuado para la rigurosa vida militar. Pero ya a la edad de trece años tenía una gran decisión y toda su ambición estaba centrada en tener éxito en la profesión de las armas.

Se dedicó con disciplina y perseverancia al ejercicio físico y desarrolló así una constitución robusta. Luego, para probar que era capaz de soportar las durezas de la guerra, sin que lo supieran sus compañeros, pasó una noche de invierno en las murallas de Sedán. Por la mañana lo encontraron dormido sobre una cureña, sin ninguna mala experiencia. Cuando Turena tenía quince años, era lo suficientemente fuerte como para que su madre lo enviara a Holanda a aprender las artes militares con sus tíos, Mauricio y Federico Enrique de Nassau. Allí soportó todas las tareas y privaciones de un soldado raso antes de que le dieran el mando de una compañía holandesa de infantería.

Dirigía personalmente a sus soldados en los ejercicios y supervisaba cada detalle de su adiestramiento hasta que, según se dijo, su compañía era la mejor y "más disciplinada de todo el ejército". Esta atención por el detalle fue una característica de toda su carrera militar. En ese período apareció otra de sus cualidades: trataba con justicia a sus hombres. Les exigía mucho, no era brutal en sus castigos pero liberal en sus premios. Así, a edad temprana, aprendió cómo ganarse el respeto y afecto de los que servían a sus órdenes.

Turena no tenía nada que lo recomendara como cortesano. Era de estatura media, con hombros anchos y la cabeza grande, que llevaba algo hacia adelante. Tenía una complexión ruda y, visible de inmediato, cejas extremadamente espesas. Era de modales sencillos y, mientras era celoso del respeto debido a su alta cuna, no era altivo y le desagradaba y desconfiaba de la ostentación. En efecto, a Turena no le gustaba la vida cortesana y se quedaba con sus tropas en los cuarteles de invierno siempre que podía. Cuando estaba en campaña, vivía con la máxima sencillez, en contraste con las costumbres placenteras de la mayoría de los comandantes de la época. Un emisario importante recordaba haber recibido un estofado de conejo en un plato de peltre en una cena en el cuartel general de Turena.

El protestante Turena era el opuesto, en casi todos los respectos, del católico Condé, diez años menor que él. Turena estaba excesivamente orgulloso de su noble origen, pero, aparte de eso, parece haber estado libre de vicios. Tampoco era un intrigante, a diferencia de Condé. Puede que el aspecto más destacado de su carrera es que sus talentos militares crecían permanentemente, de manera que cada campaña lo encontraba más seguro y magistral que la anterior. Nunca alcanzó la habilidad de Condé para decisiones instantáneas seguidas por una acción inmediata, pero lo compensaba con la corrección de su razonamiento, que con el tiempo se hizo más sutil y rápido. Un francés escribió: «Al hablar de una sola campaña, hablamos más entusiásticamente de lo que hizo el señor príncipe [Condé]; pero, una vez terminada, disfrutamos más largamente de los frutos de lo que hizo el señor Turena.»

El valor personal de Turena y su cuidado de la seguridad y comodidad de sus tropas le ganó su afecto; sus preparativos diligentes y exhaustivos antes de la batalla y su empleo magistral de los elementos de movilidad y sorpresa le ganaron la admiración de su rey y de comandantes contemporáneos, así como de muchos otros posteriores, en especial Napoleón.

1611	*11 de septiembre* Nace en Sedán.
1625 /1629	En el ejército holandés; asciende a capitán.
1630	Recibe el mando de un regimiento de infantería francés.
1634 /1635	Coronel en la campaña de Lorena; herido en el sitio de Saverne.
1636	Derrota a los imperiales en Jussey y cubre el asedio de Jonville.
1638	Ayuda a tomar Breisach, en el Rin, como teniente general
1639	Propone el establecimiento de dragones franceses; realizado a partir de 1650.
1639 /1641	Campañas de Italia a las órdenes de Harcourt. Herido en el sitio de Turín (1640).
1643	*16 de noviembre* Nombrado mariscal de Francia a la edad de 32 años.
1644 /1645	Con Condé vence en Freiburg y Nördlingen.
1646 /1648	Se une a los suecos en Alemania y fuerza a Baviera a abandonar la guerra de los Treinta años.
1648 /1653	Cambia de bando en la guerra civil de la Fronda, derrota dos veces a Condé; salva a Luis XIV y Mazarino de la captura en Bléneau.
1654	Alivia a Arras de Condé y los españoles.
1656	*15-16 de julio* Forzado por Condé a levantar el sitio de Valenciennes.
1657	Forzado por Condé a levantar el sitio de Cambrai.
1658	*14 de junio* **Batalla de las Dunas.**
1660	*5 de abril* Creado el primer mariscal general de Francia.
1667	Invade los Países Bajos españoles.
1672 /1673	Invade Holanda. Supera a los imperiales en el Rin.
1674	*16 de junio* Gana la batalla de Sinsheim a través del Rin.
1675	*5 de enero* Gana la batalla de Türckheim para coronar su campaña de invierno en Alsacia. *27 de julio* Muerto en Salzbach por una bala de cañón, a la edad de 63 años.



En este cuadro de ambiente de la batalla de las Dunas, pintado por La Rivière en 1837, se muestra a Turena dirigiendo la acción; al fondo, la Dunquerque asediada.
Grabado de Turena del s. XIX según un retrato de Champaigne.



La batalla de las Dunas / *14 de junio de 1658*

Las "Frondas"

Durante la minoría del rey Luis XIV de Francia, entre 1648 y 1653 hubo dos revueltas contra el gobierno del cardenal Mazarino, el ministro principal, y la regente, Ana de Austria, madre de Luis. Se las llamaron *Frondas*. La primera, intrigada por el *Parlement* de París, trataba de limitar el poder de Mazarino, el italiano odiado, y de la Corona, y estaba apoyada por la gran masa del pueblo, que sufría una fiscalización punitiva. Las calles de París se llenaron de barricadas y Mazarino y Ana se vieron forzados a someterse.

La guerra de los Treinta Años, librada principalmente en Alemania entre potencias católicas y protestantes, pero en que Francia apoyaba a los protestantes por ventajas políticas, terminó con la paz de Westfalia en 1648. Esto descargó al ejército real francés, al mando del príncipe de Condé, y le permitió bloquear París. Pero la arrogancia de Condé condujo en último término a su detención por Mazarino y Ana, lo que provocó la "Fronda de los príncipes". El levantamiento fue finalmente aplastado, pero cuando Condé fue puesto en libertad, se puso al servicio de la causa española, que permanecía en guerra con Francia desde 1635.

El rey de España no firmó el tratado de paz de Westfalia porque no se consideraba vencido; además, la *Fronda* había dejado a Francia mal gobernada, una situación en la que el rey español sólo veía ventajas para sí. Cuando Oliver Cromwell, lord protector de Inglaterra, se alió con Francia en 1657, la prosecución de la guerra se hizo inevitable.

LA GRAN CUESTION durante los últimos años del conflicto franco-español era de qué bando se pondría Oliver Cromwell. Después de su victoria en las guerras Civiles Inglesas (1642-51) tenía a sus órdenes, en el New Model Army ("ejército de nuevo modelo"), el mejor instrumento militar de Europa, a pesar de contar con relativamente pocos efectivos.

A pesar de ser cortejado tanto por Francia como por España, la elección final de Cromwell era casi inevitable. Carecía del ingenio para ver que las guerras de religión ya habían pasado y que se había iniciado un nuevo período de guerras nacionalistas. Pero su decisión final de unirse a los franceses era debido no sólo a su odio a los españoles y el catolicismo, odio compartido por la mayoría de los ingleses desde los tiempos de la Armada, sino también por su necesidad de dinero. Las arcas de Inglaterra estaban vacías. La perspectiva de obtener algunas de las grandes riquezas de España en el Nuevo Mundo era muy atractiva.

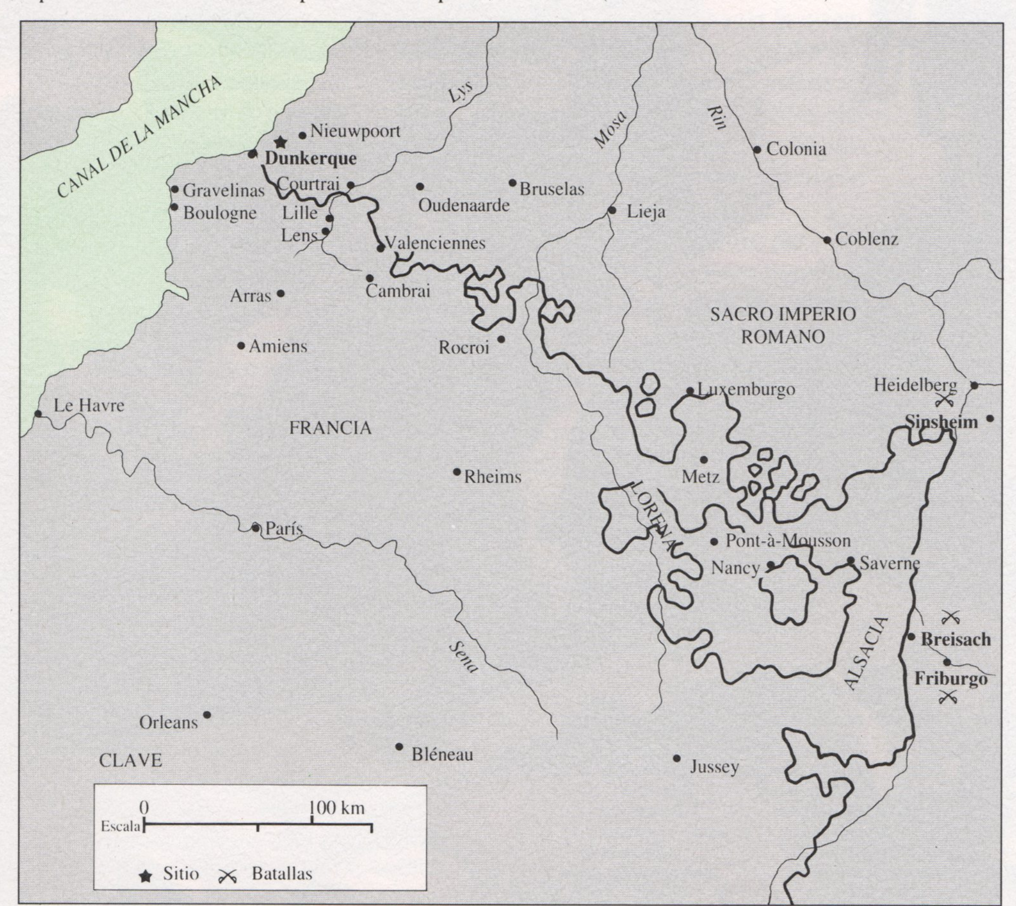
En 1654, Cromwell envió una fuerza invasora para ocupar Santo Domingo en las Indias Occidentales. Incomprensiblemente para una comandante de la talla de Cromwell, la fuerza se reunió a toda prisa y los soldados eran indisciplinados y, al poco de desembarcar, los hombres empezaron a morir de enfermedad. Aunque conquistara Jamaica, la expedición fue un fracaso, pero tuvo un efecto diplomático de extrema importancia. España, naturalmente, se volvió apasionadamente hostil a Cromwell y ofreció de inmediato apoyo a su mayor enemigo, Carlos Estuardo, el futuro rey Carlos II de Inglaterra.

Cromwell se vio obligado entonces a establecer un tratado con Francia, que en marzo de 1657 se amplió a una alianza ofensiva y defensiva. En virtud de los términos del tratado de Westminster, Cromwell se comprometía a enviar 6.000 infantes ingleses, los "Ironsides" ("costados de hierro") a Flandes, donde la lucha con España había de ser severa, y a mantener una flota frente a la costa flamenca.

El plan era que un ejército anglofrancés habría de sitiar Dunkerque, Mardyk y Gravelinas. Las primeras dos ciudades, una vez tomadas, serían posesiones inglesas, mientras que la última se la quedarían los franceses. Aunque Mardyk y algunas poblaciones menores cayeron, el mariscal Turena —que comandaba la fuerza anglofrancesa— rechazó prudentemente asediar Dunkerque hasta el año siguiente, 1658, cuando Cromwell le envió dos regimientos más, cada uno de los cuales comprendía a 1.000 de sus soldados puritanos.

El 27 de mayo de 1658, Turena asedió debidamente Dunkerque. Don Juan José de Austria, el joven capitán general del ejército español de Flandes acantonado en Bruselas, se alarmó y marchó en su alivio. El príncipe de Condé avisó repetidamente a don Juan José que no avanzara sin su dotación completa de cañones de campaña, laboriosos de mover en terreno embarrado y que se necesitaría tiempo para llevar adelante, ni sin toda su infantería. Sin embargo, don Juan José prefirió desdeñar el consejo del gran Condé, con resultados calamitosos.

Los dos ejércitos eran de fuerzas aproximadamente iguales, pero mientras Turena era un comandante de primera categoría, don Juan José era indolente, poco observador y sin imaginación. El ejército de Flandes, además, estaba comandado por un grupo variopinto: el propio don Juan José, de 29 años, Condé, el marqués de Caracena y Jacobo, duque de York (hermano de Carlos Estuardo y más tarde el rey de Inglaterra Jacobo II), que se había apartado a regañadientes de servir con Turena y al campo español cuando Cromwell hizo sus dos tratados con Francia.



Los "Ironsides" ("costados de hierro")
El New Model Army, el primer ejército permanente de Inglaterra, fue formado en 1645 por sir Thomas Fairfax con doce regimientos de infantería, cada uno con 1.200 efectivos, compuestos de un tercio de piqueros y el resto mosqueteros. Los "Ironsides" llevaban abrigos rojos, que siguieron siendo el uniforme del ejército británico hasta la adopción formal del caqui en 1902. El New Model Army ganó la primera guerra Civil en 1646 y, bajo Cromwell, fue victorioso en las islas Británicas en la segunda guerra Civil de 1648-51.

La fuerza expedicionaria de Cromwell de 1657 para ayudar a los franceses era insólita por componerse enteramente de infantería y sólo de ingleses, por insistencia de Francia. Irónicamente, el regimiento Dillon francés se componía de fugitivos irlandeses de la cólera de Cromwell.

El grupo de soldados representado abajo en los uniformes de 1658 parece ser un grupo para parlamentar. El oficial a caballo, que lleva un documento, lleva un yelmo de "langosta", con la cola que cae para cubrir la nuca. El morrión del piquero, que lleva una alabarda a la que se ha fijado una bandera blanca de tregua, imita estrechamente el estilo del casco contemporáneo español, mientras el tambor lleva el más habitual sombrero de fieltro.



Ambas fuerzas comprendían unos 14.000 hombres respectivamente: Turena tenía 8.000 infantes, 6.000 jinetes y 10 cañones; don Juan José no tenía cañones y sólo 6.000 infantes, pero 8.000 jinetes. Sin embargo, la superioridad de don Juan José en caballería —a menudo el arma decisiva en la batalla— apenas era una ventaja en el terreno cercano a Dunkerque, pues las dunas arenosas eran agotadoras para los caballos, particularmente cuando llevaban el peso considerable de un jinete acorazado y sus armas.

Cuando decidió plantear batalla, Turena sólo alcanzó su dotación completa de hombres cuando reclamó de Mardyk a sus aliados ingleses a las órdenes de sir William Lockhart, el embajador de Cromwell, de origen escocés, en Francia. Turena había dado a su mensajero una carta para Lockhart en la que explicaba sus razones para plantear batalla al ejército español en ese momento. La confianza de Lockhart en su superior era tal que no se molestó en leer la carta, observando: «Acepto, por descontado, las razones; ya habrá tiempo para oírlas cuando la batalla haya terminado». Ordenó de inmediato al mayor general Thomas Morgan, comandante de la infantería, que marchara en auxilio de Turena.

Alas 05.00 h del 14 de junio de 1658, el ejército de Turena salió de sus posiciones para disponerse para el ataque a unos 5 km al este de la fortaleza asediada en lo que serían las playas de la evacuación anglofrancesa en 1940. Tanto Jacobo, duque de York, como Condé le dijeron a don Juan José que el ejército de Turena se reunía para atacar y recomendaron una retirada inmediata, pero aquel malinterpretó la maniobra del contrario como un mero movimiento para introducir su pantalla de caballería ligera, colocada en su vanguardia para observar los movimientos y disposiciones del enemigo. Condé, furioso por su razonamiento incompetente se dirigió al joven duque de Gloucester, el tercer hijo de Carlos I, y le preguntó si había visto jamás una batalla. El duque, que por entonces sólo contaba 18 años, dijo que no. Condé replicó, cáustico: «Entonces, dentro de media hora nos verá perder una».

Pasó cierto tiempo antes de que don Juan José se diera cuenta de que, en efecto, estaba a punto de ser atacado. Tomó sus disposiciones correspondientes, aunque los españoles —meticulosos pero lentos en la maniobra— estaban confusos. Don Juan José desplegó su ejército entre la playa a su derecha y el canal Brujas-Furnes a su izquierda, con toda la infantería delante.

En su extremo derecho había una colina de arena más alta que las demás; juzgó acertadamente que este sería el punto esencial de su frente, de modo que los reforzó con cuatro regimientos de infantería españoles. A su izquierda dispuso los cinco regimientos realistas de Carlos Estuardo —2.000 infantes ingleses, escoceses e irlandeses— mandados por el duque de York; mientras que a la izquierda de éstos, extendiéndose hasta el canal, había batallones de alemanes y valones bajo el mando de Caracena. Don Juan José aglomeró su propia ala de caballería detrás de la infantería, mientras Condé mantenía la izquierda, pero estaba tan cerca del canal que su caballería hubo de formar seis filas.

Las disposiciones de Turena eran completamente diferentes. Desplegó en su primera línea 11 escuadrones de caballería francesa, tanto a la derecha como a la izquierda, con 11 batallones de infantería (cuatro de los cuales eran ingleses) entre ellos. Su segunda línea, aunque menos numerosa, estaba desplegada de la misma manera: caballería a izquierda y derecha, con siete batallones de infantería en medio. Había más tropas a caballo entre las dos líneas y en retaguardia. A su derecha también colocó sagazmente cuatro o cinco piezas de artillería de campaña en anticipación de una carga de caballería española. Sus otros cinco cañones estaban a su izquierda, en apoyo de los ingleses.

El poco observador don Juan José ya había cometido un error de cálculo que Turena aprovecharía pronto. El comandante español, al establecer su flanco derecho sobre el mar, no había tenido en cuenta que había pasado la marea alta y que las aguas en retroceso pronto podrían envolver su flanco derecho. Además, ese flanco derecho, que incluía la fuerte posición defensiva de la colina de arena, quedaría en breve sometido al bombardeo por tres fragatas de la flota inglesa que habían sido llevadas al lugar desde sus tareas de bloqueo frente a Dunquerque.

El asalto de Turena empezó hacia las 08.00 h, cuando la infantería a las órdenes de Morgan cargó contra la colina de arena fortificada, que se adelantaba cien pasos por delante de la derecha española. Mientas los mosqueteros del regimiento de Lockhart hacían llover fuego sobre la cima de la colina tanto por la derecha como por la izquierda, los piqueros avanzaron al pie de ella, donde se detuvieron brevemente para volver a formarse. Luego, con un fuerte grito, se lanzaron ladera de la colina arriba, ayudándose mutuamente en los lugares más empinados.

Muchos oficiales murieron bajo el fuego español, pero los piqueros avanzaron valientemente. Siguió una lucha dura, y los españoles de don Gaspar Boniface fueron finalmente expulsados en confusión de la colina. El duque de York, sin preocuparse por su propia seguridad, cargó contra el regimiento triunfante de Morgan con su unidad de 50 jinetes. Pero fue rechazado después de caer sobre un regimiento cromwelliano que resistió a culata de mosquete y rechazó el cuartel.

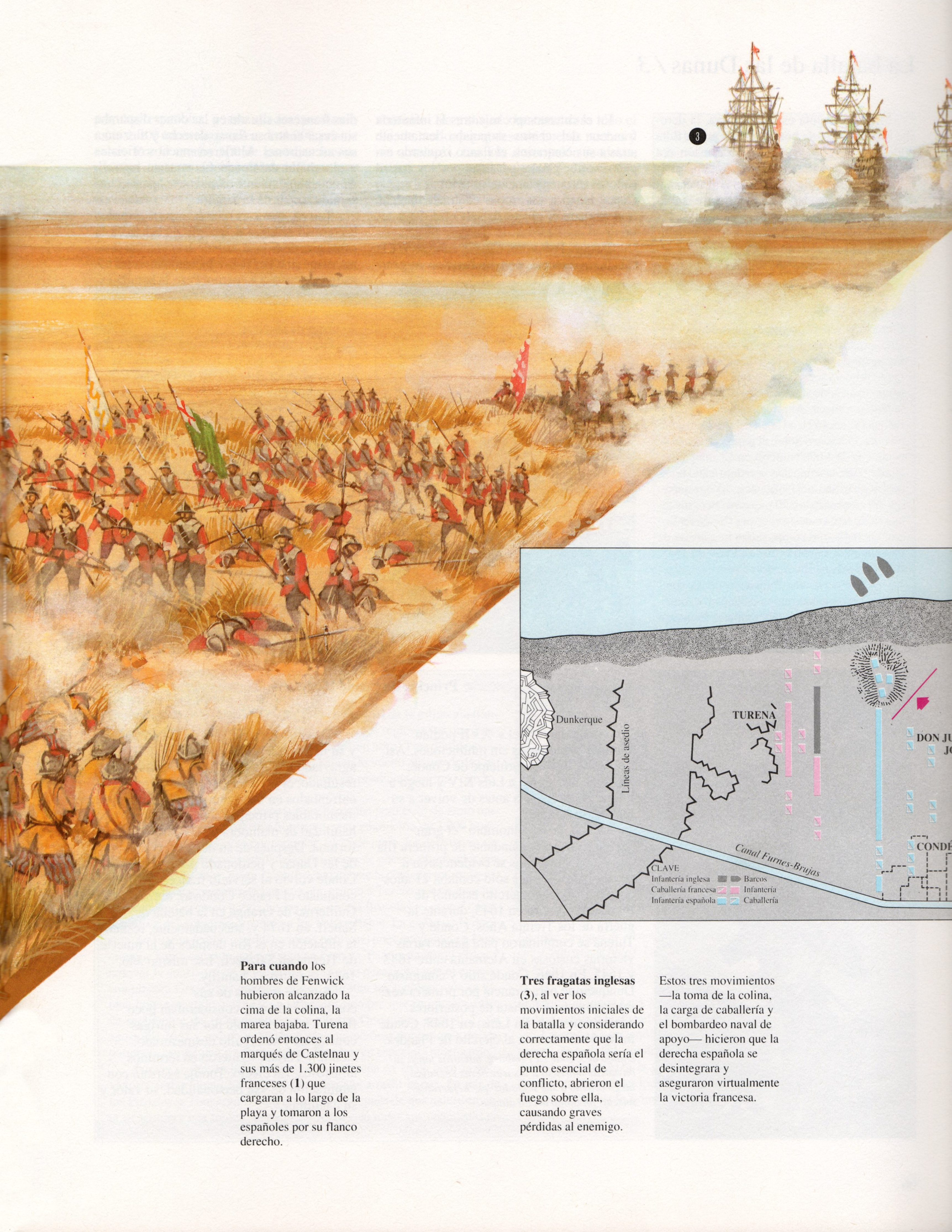
La batalla de las Dunas / 2



En la batalla de las Dunas, Turena empleó uno de los movimientos de apertura usados con mayor frecuencia y más eficaces: tratar de envolver uno de los flancos del enemigo, como lo hizo Gonzalo de Córdoba con un éxito tan espectacular en la batalla de Garellano en 1503 y como Gustavo Adolfo casi logró en la batalla de Lützen en 1632. El peligro de esta táctica se plantea si el contrincante adivina el movimiento, como hizo Gengis Khan en la batalla del Indo en 1221.

La batalla se inició hacia las 08.00 h del 14 de junio de 1658, cuando el regimiento de infantería inglesa de Lockhart, a las órdenes del teniente coronel Fenwick, avanzó desde su posición en el centro izquierda francés para atacar las colinas de arena fuertemente defendidas en la derecha española. La pendiente era tan escarpada que Fenwick ordenó a sus hombres que se detuvieran al pie uno o dos minutos para recuperar el aliento. Mientras tanto, los mosqueteros que acompañaban a los piqueros mantenían un fuego continuado contra el tercio español de don Gaspar Boniface, que comprendía piqueros (**4**) y mosqueteros (**5**), situado en los alto de la colina.

Los piqueros de Fenwick (**2**) subieron entonces por la ladera de la colina, cada uno tirando de un compañero de detrás. Muchos oficiales, Fenwick incluido, fueron heridos o muertos, pero los soldados siguieron adelante, llegaron a la cima y se enfrentaron de inmediato al enemigo. A pesar de estar agotados por su avance y a pesar de la dura resistencia de los españoles, que estaban descansados, expulsaron al enemigo en desorden de la colina.



Para cuando los hombres de Fenwick hubieron alcanzado la cima de la colina, la marea bajaba. Turena ordenó entonces al marqués de Castelnau y sus más de 1.300 jinetes franceses (**1**) que cargaran a lo largo de la playa y tomaron a los españoles por su flanco derecho.

Tres fragatas inglesas (**3**), al ver los movimientos iniciales de la batalla y considerando correctamente que la derecha española sería el punto esencial de conflicto, abrieron el fuego sobre ella, causando graves pérdidas al enemigo.

Estos tres movimientos —la toma de la colina, la carga de caballería y el bombardeo naval de apoyo— hicieron que la derecha española se desintegrara y aseguraron virtualmente la victoria francesa.

Mientras seguía esa lucha fiera, la derecha española seguía bombardeada por la flota inglesa. Entonces, cuando la confusión era mayor. Turena ordenó al marqués de Castelnau, comandante de la caballería francesa a su izquierda, que cargara a lo largo de la playa expuesta por la marea baja y tomara a los españoles por el flanco. Pronto, toda la derecha española estaba rodeada y comenzó a desintegrarse.

En el entretiempo, mientras la infantería francesa del centro empujaba lentamente atrás a sus contrarios, el flanco izquierdo español sufría graves pérdidas por los cuatro cañones estratégicamente situados de Turena. Condé lanzó a sus tropas contra la derecha francesa con el objeto de salvar el día y revertir el ascendente de Turena alcanzando Dunkerque. Tres veces cargó y echó atrás a la caballería francesa, pero un batallón de guardias franceses situado en las dunas disparaba sin cesar contra su flanco derecho y diezmó a sus escuadrones. Murieron muchos oficiales y el caballo de Condé fue muerto bajo él. Aunque rápidamente montó otro, apenas consiguió escapar de la captura.

Turena, que esperaba las cargas españolas, corrió al lugar de peligro y rechazó a la caballería de Condé. Condé reunió a sus jinetes, cargó una vez más e incluso luchó personalmente cuerpo a cuerpo. Pero la batalla estaba perdida, pues si llegaban tropas francesas de refresco en auxilio de Turena, Condé no disponía de ellas.

Gran comandante como era, Condé aceptó la derrota, que podría haberse evitado si el mando superior del ejército de Flandes lo hubiera tenido él y no don Juan José. Dirigió una retirada de cobertura lo mejor que pudo con su caballería muy reducida, desmoralizada y derrotada, para permitir que los restos del ejército español huyeran hacia el este. En el centro, el Regimiento Real de la Guardia del Rey, de 300 efectivos, antecesor del 1º de Guardias de a Pie o Granaderos, resistió pero tuvo que capitular cuando los franceses capturaron a dos oficiales y los llevaron a una colina arenosa para enseñarles que el ejército de Flandes había huido. Se rindieron con la condición de no ser entregados a los cromwellianos.

La batalla sólo había durado cuatro horas y el triunfo de Turena era completo. Aunque don Juan José, Condé, Caracena y los duques de York y de Gloucester consiguieron esca-

El tercio

Entre 1534 y 1704, la mayor parte de la infantería española estuvo organizada en tercios. Precursor de todos los regimientos modernos, fue la primera formación de infantería permanente, manejable y nominada en Europa desde la legión romana. Al principio del reinado de Felipe IV en 1621, el ejército español comprendía 35 tercios. Sobre el papel, cada una se componía de 3.000 hombres en 12 compañías. Desde 1636, la compañía se redujo a 200 hombres y abarcaba a 11 oficiales, 30 mosqueteros, 60 arcabuceros y 99 piqueros. Pero los famosos 20 tercios destruidos por Condé en Rocroi en 1643 sólo comprendían una media de 100 hombres, mientras que en Lens, en 1648, sufrieron más pérdidas graves.

El tercio era una formación densa compuesta de un bloque central de piqueros rodeados por mosqueteros, que también formaban cuadros en las esquinas.

El tercio de don Gaspar Boniface, desbandado por la infantería inglesa, aparece en el centro de este detalle de un viejo mapa pictórico de la batalla.



Príncipe de Condé 1621-1686

Los comandantes del s. XVII podían cambiar sus alianzas sin inhibiciones. Así, Luis II de Borbón, príncipe de Condé, sirvió en un tiempo a Luis XIV y luego a Felipe IV de España antes de volver a su lealtad originaria.

Condé, de sobrenombre "el gran Condé", era un comandante de primera fila cuyas dotes militares se evidenciaron a edad temprana, pues sólo contaba 21 años cuando derrotó al ejército español de Flandes en Rocroi en 1643, durante la guerra de los Treinta Años. Condé y Turena se combinaron para ganar varias victorias costosas en Alemania entre 1643 y 1645. En 1646, Condé sitió y conquistó Dunquerque para Francia por primera vez; irónicamente, a la vista de posteriores acontecimientos. En Lens, en 1648, Condé infligió otra derrota al ejército de Flandes.

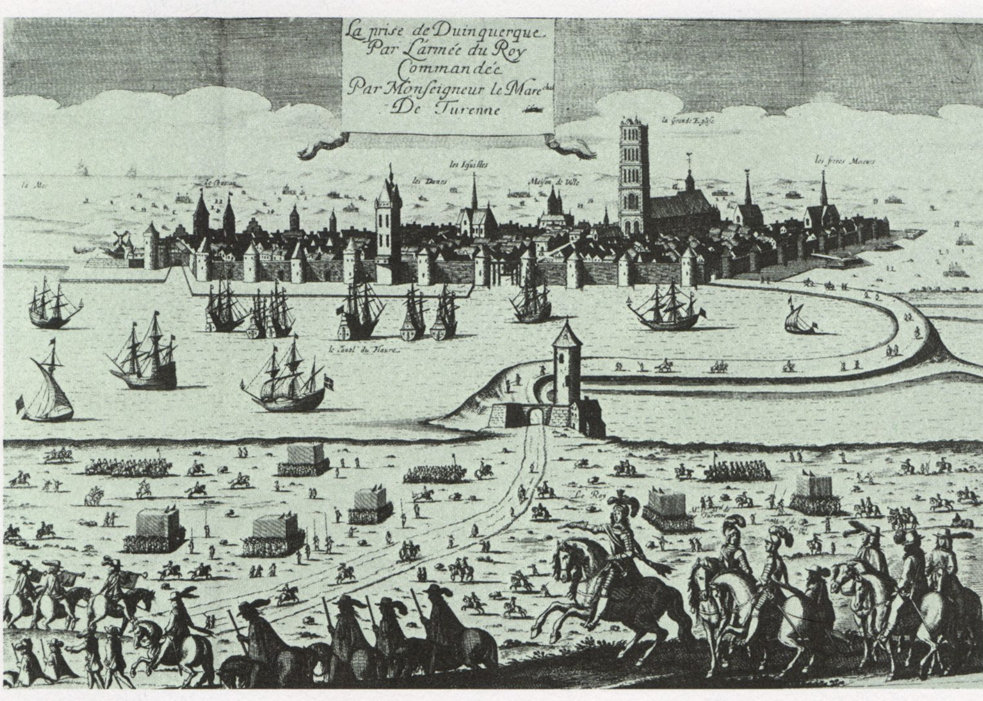
Dibujo de Condé en Freiburg, mientras lanza su bastón de mariscal a las trincheras enemigas; luego ordenó a sus soldados que lo fueran a buscar, forzando así un ataque.

Después de la Fronda de los príncipes y su liberación por Mazarino en 1651, el agraviado Condé se alió con España. Como resultado, él y Turena se encontraron enfrentados en siete campañas sucesivas, memorables principalmente por la habilidad de maniobra y su variable fortuna. Después de su derrota en la batalla de las Dunas y perdonado por Luis XIV, Condé volvió al servicio francés. En 1668 conquistó el Franco Condado; derrotó a Guillermo de Orange en la batalla de Seneff, en 1674 y, adecuadamente, restauró la situación en el Rin después de la muerte de Turena en Salzbach. Ese mismo año, 1675, se retiró a Chantilly.

Aunque muchos de sus contemporáneos lo consideraban poco fiable e insoportahble por sus intrigas constantes y su orgullo desmesurado, Condé y Turena siguieron en términos amistosos. En efecto, Turena escribió con admiración de «su personalidad, su valor y su caudillaje».

par, los españoles y sus aliados perdieron unos 1.000 muertos y cerca de 4.000 prisioneros. Por lo menos 500 de las bajas fueron realistas ingleses. Las pérdidas de Turena se han estimado en no más de 400, la mayoría de las cuales estuvieron entre el valiente contingente inglés que asaltó la colina.

Esa noche, Turena escribió a su esposa un resumen del día: «Los enemigos han venido sobre nosotros; gracias a Dios, han sido vencidos. He trabajado bastante duro todo el día, de modo que te desearé buenas noches y me acostaré». Era una descripción modesta, lacónica, de una victoria tan completa que puso virtualmente fin a una guerra de 23 años de duración.



El joven rey Luis, acompañado de Turena y su ejército victorioso, entra en Dunquerque el 25 de junio de 1658.

La logística del ejército francés

En 1658, al ejército francés empezaba a beneficiarse de algunas reformas de largo alcance en el suministro o logística (la palabra deriva en último término del francés *loger:* alojar tropas). El arquitecto de dicha reforma fue Michel Le Tellier (1603-85), que había sido "intendente" u oficial de intendencia del ejército de Italia en 1640-2 a las órdenes de Turena; se esforzó por obtener pagas regulares para las tropas y eliminar a los contratistas corruptos.

En abril de 1643, Le Tellier se convirtió en secretario de la Guerra y, como tal, instituyó cuatro reformas principales: un escalado de raciones de acuerdo con el grado; contratos normalizados, escolta, pago y compensación para los cantineros que avituallaban a cada compañía; un convoy de carromatos con raciones de reserva para el ejército en campaña; y la formación de un cuerpo de Intendencia.

La campaña del Rin de Turena en 1643 se aprovechó de almacenes de vituallas en Metz, Nancy y Pont-á-Mousson. En 1644, Le Tellier estableció un almacén de caballería para las grandes cantidades de pienso (9 kg por caballo al día) necesarios en el primer asedio de Dunquerque.

La asociación Le Tellier-Turena funcionó admirablemente en 1758. Un depósito de Calais avituallaba por mar a los sitiadores de Dunquerque; después de la conquista del puerto, el avance tierra dentro recibió sus suministros de pan y munición mediante gabarras por río y canal.

La paz de los Pirineos

Después de la batalla de las Dunas, el gran objetivo de la estrategia francesa era tomar Dunkerque y luego ofrecerlo a los ingleses, ya que estaban obligados a hacerlo en virtud del tratado con ellos. Tres días después de la batalla, el regimiento de Turena, habiendo vuelto al sitio de la ciudad, puso pie en la contraescarpa, el muro en pendiente del foso que rodeaba la ciudad.

El gobernador todavía resistía resueltamente, pero el 23 de junio murió de una herida recibida anteriormente, y su guarnición de 3.000 hombres perdió el valor y optó por capitular. El 25 de junio, los defensores salieron de Dunquerque en calidad de prisioneros de guerra, observados por Luis XIV, de 19 años, quien entregó debidamente la ciudad a los ingleses.

Napoleón, comentando la campaña, criticó a Turena por no marchar de inmediato —como habría hecho él— contra Bruselas, el centro administrativo del gobierno español en los Países Bajos. La causa de la decisión de Turena fueron consideraciones políticas, pues la renuncia a Dunquerque había causado desasosiego en Francia. Para restaurar el orden y renovar la confianza en el gobierno, Mazarino necesitaba que el ejército conquistara Gravelinas antes de que se retiraran los ingleses, que se habían comprometido a ayudar en su asedio siempre que se iniciara antes de septiembre de 1659. Fuertemente sitiada, Gravelinas cayó el 27 de agosto de 1658 y pronto lo hicieron otras numerosas poblaciones de importancia estratégica y económica en Flandes, en especial Oudenaarde.

Turena se preparaba para renovar la campaña en 1659, pero su gran victoria en las Dunas había inducido a España a pedir la paz. La paz de los Pirineos se concluyó el 7 de noviembre, después de que anteriormente se acordara una tregua. Francia conservó casi todas sus conquistas en Flandes y el joven Luis XIV ganó como esposa a la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV.



En 1662, después de recomprar Dunkerque al rey Carlos II de Inglaterra por cinco millones de libras, Luis XIV volvió a entrar en la ciudad, que fortificó de nuevo y convirtió en una base naval.

La unión se pretendía para prevenir discordias futuras entre los dos países; en realidad, conduciría a complicaciones dinásticas que, 42 años después, provocarían la guerra de Sucesión Española. Pero ya era evidente la magnitud del logro de Turena en la batalla de las Dunas: España, anteriormente la primera potencia militar, había sido suplantada por Francia.

Duque de Marlborough *1650-1722*

John Churchill, duque de Marlborough, fue tal vez el comandante más sobresaliente que Gran Bretaña jamás haya producido. La verdad es que Wellington es el único que se podría prestar a comparaciones. Ninguno de los dos fue un innovador, y ambos intentaron hacer el mejor uso posible del armamento de la época y de los conocimientos técnicos. En cualquier caso, las comparaciones se detienen aquí, porque, con la excepción de Waterloo, Wellington jamás tuvo que enfrentarse a los grandes problemas diplomáticos que aquejaron a Marlborough. A lo largo de la prolongada guerra contra Luis XIV, Marlborough fue el único capaz de mantener viva la frágil coalición aliada gracias a sus dotes políticas, diplomáticas y militares. De no haber sido por Marlborough, el dominio de los franceses no podría haberse doblegado.

Marlborough fue hijo de un empobrecido terrateniente realista, y entró a trabajar como paje del duque de York, más tarde el rey Jacobo II, en 1665. Ingresó en el ejército en 1667, y ascendió rápidamente bajo el patrocinio del duque. Su matrimonio con Sarah Jennings, en 1678, habría de tener importantes consecuencias para su carrera, porque Sarah era amiga de infancia de la hija de Jacobo, la princesa Ana, y siguió siendo su confidente estrecha e influyente cuando Ana fue coronada reina en 1702.

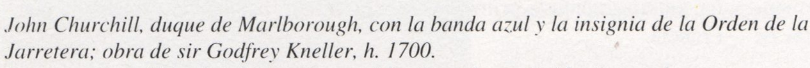
Churchill sirvió con lealtad a Jacobo, pero en su momento se convirtió en su enemigo, debido al catolicismo de éste, y, en un gesto desleal, mantuvo correspondencia con Guillermo de Orange, más tarde Guillermo III, y apoyó su causa durante la "Revolución gloriosa", en 1688. A pesar de que, al acceder al trono, Guillermo nombró a Churchill duque de Marlborough, no tardó en mostrarse celoso de sus habilidades militares. A su vez, Marlborough censuró el tratamiento que Guillermo daba a la princesa Ana. Entonces intentó volver a cambiar de bando, y estableció correspondencia con Jacobo, en el exilio. Al descubrirse ésta, Marlborough cayó en desgracia. Sin embargo, en 1702, Ana, que todavía le era leal, fue coronada reina y a Marlborough se le otorgaron amplios poderes como recompensa a la genialidad demostrada durante la guerra de Sucesión española.

Hacia la época de la batalla de Oudenaarde, Marlborough ya empezaba a envejecer, si bien conservaba su fina estampa, los ojos vivos y una dentadura y una tez saludables. A pesar de ser de mediana estatura, era una figura imponente en su uniforme escarlata, con la estrella y la banda de la Orden de la Jarretera, aunque solía descuidar su vestimenta. Marlborough fue un padre y marido dedicado, y se le consideraba un hombre encantador y agradable. Sofía, electora de Hannover y madre del futuro Jorge I de Inglaterra, escribió acerca de él, después de su primer encuentro: «...sus modales son tan correctos y pulidos como sus hechos gloriosos y admirables». Sin embargo, Marlborough podía actuar con hipocresía cuando se presentaba la ocasión, como lo demostró su voluble lealtad entre Jacobo II y Guillermo III. Y, a pesar de haber amasado una inmensa fortuna, Marlborough fue un hombre de adusta frugalidad, por no decir tacaño: durante las campañas militares, cenaba con cada uno de sus oficiales para familiarizarse con ellos, pero jamás les retribuyó la hospitalidad.

A pesar de sus sonadas victorias, Marlborough fue acusado falsamente de malversación de fondos públicos y, a comienzos de 1712, fue dado de baja en el ejército por razones estrictamente políticas. La reina Ana había favorecido a los whigs, el partido que apoyaba la guerra. Desafortunadamente para Marlborough, su mujer se disputó con la reina, que cayó entonces bajo la influencia de Abigail Masham, prima de Robert Harley, líder del partido tory, que se oponía a la guerra. En 1710 cayeron los whigs y Harley se hizo con el poder. La guerra fue cara y Marlborough, otra vez falsamente, fue acusado de continuar deliberadamente la guerra para su engrandecimiento personal y para financiar la construcción de su nueva mansión, el palacio de Blenheim.

Marlborough no volvió a Inglaterra hasta 1714, fecha de la coronación de Jorge I, y en ese momento fue nombrado jefe del ejército. Sin embargo, desilusionado y ya envejecido, dejó de tener un papel preponderante en la vida pública.

1650	*5 de junio.* Nacido en Devonshire.
1667	*24 de septiembre*, nombrado alférez en la Guardia de Infantería de la Compañía del rey.
1672	*8 de junio*, batalla naval de Solebay; ascendido a capitán.
1673	*17.6-8.7*, sitio de Maastricht.
1674	Sirve bajo las órdenes de Turena en Sinzheim y Enzheim.
1685	*6 de julio.* Nombrado mayor general; segundo comandante en la batalla de Sedgemoor.
1689	*24 de febrero*, nombrado teniente general y conde de Marlborough.
1690	*Septiembre-octubre* Campaña en Irlanda. Conquista Cork y Kinsale.
1692 /1698	Cae en desgracia y es expulsado del ejército.
1701	*12 de junio*, general de las fuerzas de infantería en Holanda.
1702	*Marzo*, nombrado comandante en jefe en Holanda, capitán general de la artillería y del ejército de Su Majestad. *Abril-octubre*, toma Lieja y otras cinco fortalezas. Noviembre, nombrado duque de Marlborough.
1704	Marcha hacia el Danubio. *2 de julio*, batalla de Schellenberg. *13 de agosto*, batalla de Blenheim
1705	*17-18 de julio*, rompe las líneas del frente de Brabante, en Elixhem.
1706	*23 de mayo*, batalla de Ramillies.
1708	*11 de julio*, batalla de Oudenaarde. 13 de agosto-9 de diciembre, sitio de Lille. Reconquista Gante y Brujas.
1709	*11 de septiembre*, batalla de Malplaquet.
1710	Conquista Douai, Béthune, St Venant y Aire.
1712	Despedido del servicio de Su Majestad, la reina Ana.
1714	Regresa a Inglaterra y es nombrado nuevamente capitán general.
1722	*16 de junio*, muere en Windsor Lodge, a los 72 años.



John Churchill, duque de Marlborough, con la banda azul y la insignia de la Orden de la Jarretera; obra de sir Godfrey Kneller, h. 1700.
Los cuarteles, el blasón y los emblemas del primer duque de Marlborough.



La Batalla de Oudenaarde/*11 de julio, 1708*

EL DUQUE DE Marlborough era muy consciente de que las campañas inconclusas de 1707 en Flandes, el principal escenario de la guerra, habían colocado a la alianza de Gran Bretaña y el Sacro Imperio en situación de peligro. Era imperativo, por lo tanto, un triunfo decisivo contra los franceses y todo el pensamiento estratégico de Marlborough durante 1708 se orientó a atraer al enemigo al campo de batalla.

En cierto sentido, Marlborough gozaba de una apreciable ventaja. El comandante del ejército imperial era el príncipe Eugenio de Saboya, un hombre de 45 años y soldado de enorme talento. Marlborough lo había conocido en 1704, y entre ambos se había tejido una profunda amistad, además de lo que demostró ser una de las asociaciones más fructíferas y perdurables de la historia militar. Se les conocía como los "príncipes gemelos".

En cuanto a los comandantes franceses, los duques de Vendôme y de Borgoña, solían estar en desacuerdo. Vendôme, de 54 años, era un militar con experiencia y muy hábil. El duque de Borgoña, un joven de 26 años, era religioso, orgulloso y poco versado en cuestiones bélicas. La decisión que adoptó Luis XIV de dar el rango de co-comandante a su nieto mayor, a pesar de la exitosa campaña en solitario de Vendôme en 1706-7, resultaría ser un fallo de criterio de primera magnitud.

Marlborough y Eugenio se reunieron en La Haya y diseñaron una estrategia sencilla: cuando ambos ejércitos estuvieran preparados, Eugenio se dirigiría hacia el oeste desde Coblenza, a unos 240 kilómetros, para reunirse con el duque de Marlborough. Dado que sus dos ejércitos juntos superaban en número a los franceses, los obligarían a enfrentarse en el campo de batalla a la primera oportunidad. Si no conseguían reunir sus fuerzas, Marlborough habría de enfrentarse a los franceses en solitario, a pesar de su inferioridad numérica.

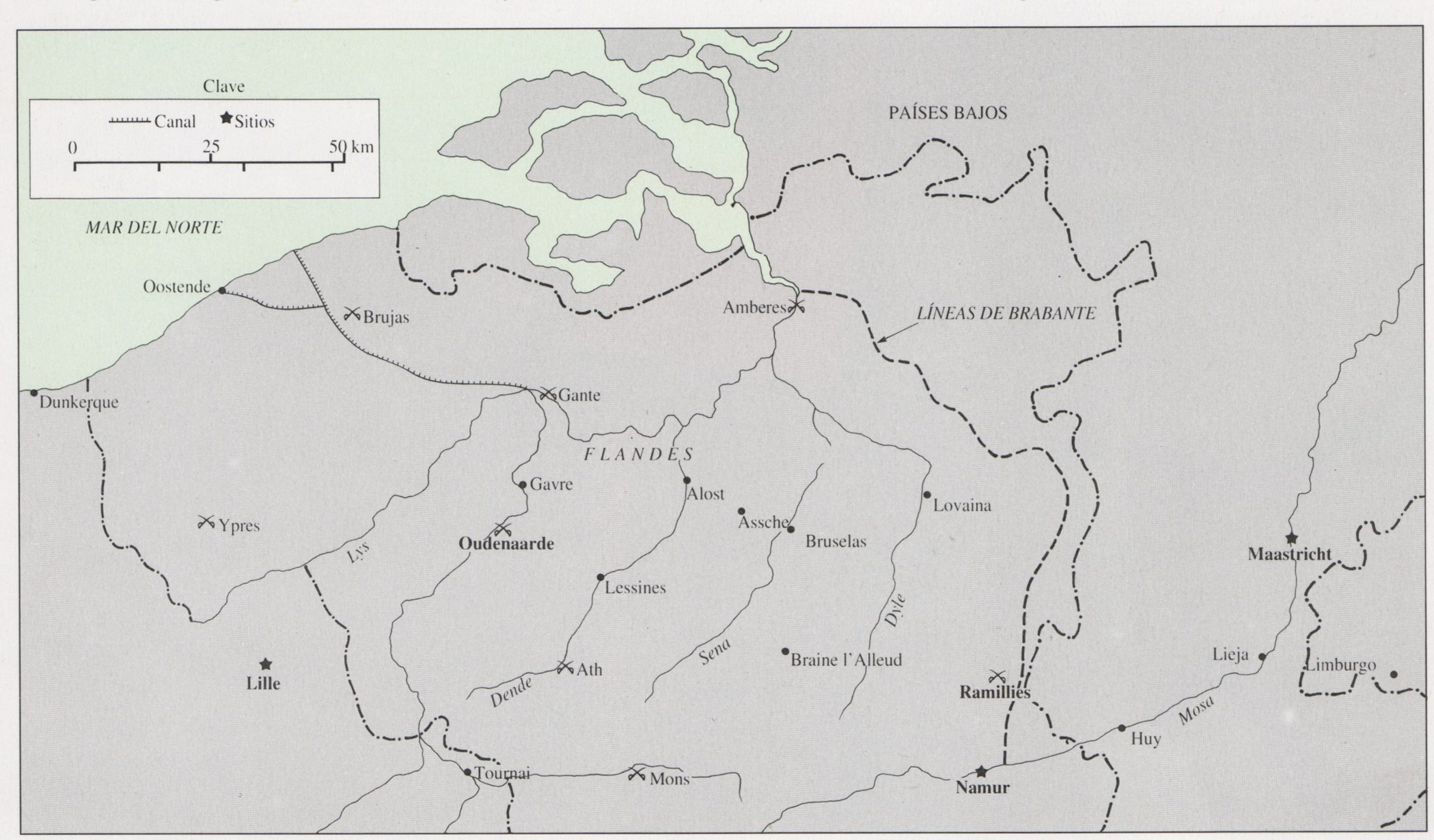
Durante mayo, Marlborough reunió un ejército de 90.000 hombres (112 batallones de infantería y 197 escuadrones de caballería) al sur de Bruselas. Eugenio comenzó a crear su ejército, pero tuvo que reclutar a los hombres y entrenarlos.

Hacia finales de mayo, un ejército francés con más de 100.000 hombres (130 batallones y 216 escuadrones) se reunió cerca de Mons. Los dos jefes militares ya tenían serias diferencias. Vendôme deseaba dirigirse hacia el este para sitiar la fortaleza de Huy en el río

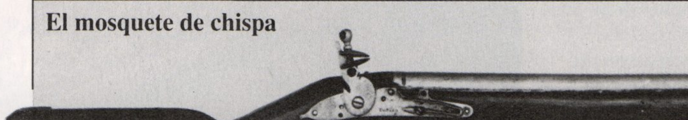
La guerra de Sucesión Española 1701-14
Este conflicto nació de la ambición de Luis XIV por lograr un poder absoluto para Francia. Sus causas inmediatas eran dinásticas: Carlos II de España no había tenido descendencia y su salud flaqueaba. Cualquier sucesor tendría que ser aceptado por las principales potencias europeas. Había tres candidatos. En primer lugar, Luis XIV, que reclamaba el trono de España en nombre de su hijo mayor que, en virtud del matrimonio de Luis con la infanta María Teresa en 1660, era nieto de Felipe IV de España y sobrino de Carlos II. En segundo lugar, estaba José Fernando, el príncipe elector de Baviera, bisnieto de Felipe IV. Y, finalmente, Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano, que se había casado con una de las hijas de Felipe y ahora reclamaba la sucesión para su hijo, el archiduque Carlos.

En 1698, se firmó el primer tratado de partición, por el cual José Fernando fue nombrado heredero principal, si bien los demás candidatos recibieron compensaciones territoriales. La muerte súbita de Fernando provocó la anulación del tratado, y hubo de firmarse un segundo tratado en 1700, por el cual el archiduque Carlos recibía la mayor parte, pero no todas, las posesiones españolas.

Pero los estadistas españoles, decididos a conservar intactos los territorios españoles, persuadieron al moribundo Carlos para que nombrara al nieto de Luis XIV heredero único. La perspectiva de Francia y España unidas era algo intolerable para Inglaterra, Holanda y el Sacro Imperio Romano, de modo que los tres constituyeron una alianza para luchar contra el poder militar y comercial creciente de Francia. En 1701 estalló la guerra.



El mosquete de chispa



Hacia 1703, la antigua combinación de arcabuz y pica había sido sustituida en los ejércitos británicos y francés por el mosquete de chispa. Se trataba de un arma más cara pero también más segura, más resistente a las inclemencias del tiempo y más ligera. A pesar de que todos los mosquetes llevaban una bayoneta de unos 40 centímetros, no tenían ningún tipo de arma normalizada, y el largo de los cañones variaba considerablemente. Probablemente el más común fue el mosquete "land musket" rey Guillermo III, alrededor de 1696, el predecesor del "brown Bess", de 1,6 metros de largo y 5,2 kilos de peso.

El "fusil ordinaire" francés pesaba algo más de 5,4 kilos pero tenía un calibre significativamente menor, de sólo 17-22 mm, y la bala pesaba 18 gramos, comparada con la bala de 28 gramos de los británicos. Ambos bandos llevaban 24 proyectiles, y podían disparar dos o tres veces por minuto durante períodos breves.

El poder de fuego del pelotón

Los batallones de infantería británicos y franceses tenían 12 compañías de 60 hombres, y una compañía de granaderos de 50 hombres. El sistema de fuego de pelotones, que puede haber nacido ya en tiempos de Gustavo Adolfo, fue adoptado por las tropas británicas a partir de 1700, y más tarde por los holandeses y algunas tropas alemanas.

En el combate, el batallón se dividía en cuatro grandes divisiones de cuatro pelotones cada una, y dos pelotones de granaderos en los flancos: un total de 18 pelotones con cerca de 40 hombres cada uno, apostados en tres filas. Se les distribuía a lo largo del frente en tres filas; una tercera parte del batallón tenía siempre las armas cargadas.

En ocasiones, pelotones enteros disparaban de forma separada según un orden preestablecido para producir una descarga cerrada; en otros casos, los disparos de la primera línea podían reservarse para producir una cuarta ronda de disparos. Para corregir la tendencia a disparar demasiado alto, se les instruía a los hombres para que dispararan a los cinturones del enemigo, e incluso a los zapatos. La munición con que entrenaban era verdadera.

Tropas francesas al mando de un sargento en la instrucción de disparo.



Mosa, puesto que con eso podría inducir a Marlborough a perseguirlos. La región se caracterizaba por grandes extensiones abiertas y Vendôme podía beneficiarse de la superioridad de su caballería. Por otro lado, el duque de Borgoña quería dirigirse a Flandes, esperando que esa estrategia llevaría a muchas ciudades importantes, donde el poder de los holandeses era objeto de gran rechazo, a pasarse al bando francés.

El ejército francés comenzó a desplazarse hacia Bruselas el 26 de mayo y, ocho días más tarde, se detuvo en Braine l'Alleud, posición que les permitía atacar tanto Bruselas como Lovaina. Como en un juego de ajedrez, Marlborough desplazó su ejército hasta el sur de Lovaina, desde donde podría cubrir ambas ciudades. Durante la mayor parte de junio, no hubo actividad militar en la región. Pero entonces, Marlborough se vio —por primera y única vez en toda la campaña— en una posición desfavorable. Su ejército se encontraba en peligro permanente, debido a su inferioridad numérica ante Vendôme, y tuvo que esperar hasta el 29 de junio para que Eugenio y su ejército de 15.000 hombres, reunido a orillas del Rin, comenzara a desplazarse. Eugenio se había retrasado tanto en sus planes que Marlborough se vio obligado a solicitarle con urgencia que enviara su caballería a la mayor brevedad posible, aun por delante de su infantería.

De pronto, los franceses pusieron fin a su largo período de inactividad. Sin haber dado señal alguna de sus intenciones, levantaron campamento y se dirigieron al oeste, hacia Brujas y Gante. Ya se había avisado a los simpatizantes franceses en ambas ciudades, que cayeron el 5 de julio, a pesar de que unos 300 soldados británicos lograron resistir unos cuantos días en la ciudadela de Gante.

Marlborough estaba desconcertado. No esperaba una maniobra de ese cariz y la pérdida de ambas ciudades sin costo a manos de los franceses parecía haberlo desmoralizado temporalmente. La moral de los aliados también se había hundido. Pero Marlborough parece haberse inspirado en el desánimo, porque al poco de superado comenzó una de las marchas tácticamente más brillantes de la historia del ejército británico.

Los duques de Vendôme y Borgoña habían accedido al control de todo el largo del río Escalda, desde la frontera francesa hasta Gante, con la sola excepción de la ciudad fortificada de Oudenaarde. Si lograban asegurar esa plaza, el ejército de Marlborough se vería aislado de la costa y de Flandes, lo cual significaba perder todo contacto con Inglaterra.

Marlborough juzgó correctamente su objetivo, y lo mismo sucedió al idear el método con que lo lograría. Descartó la posibilidad de que los franceses remontaran el Escalda y luego sitiaran la ciudad, porque, durante una maniobra de ese tipo, se verían amenazados por el propio ejército de Marlborough. Era más probable que se dirigieran hacia el sur a lo largo de la orilla este del río y luego dejaran un destacamento para cubrirlos entre su ejército al este y Oudenaarde al oeste. El lugar más indicado para esto era Lessines, en el río Dende, y a partir de ese momento se desató una carrera para ver quién llegaba primero.

El 8 de julio, el grueso del ejército francés inició su marcha desde Alost hasta Lessines. Marlborough estaba en Asse cuando supo estas noticias y el 9 de julio levantó campamento a las dos de la mañana para llegar a Lessines antes que los franceses. Hacia el mediodía, después de un gran esfuerzo, su ejército llegó a los aledaños de Enghien, desde donde aquella misma tarde Marlborough envió a marcha forzada ocho escuadrones de caballería y otros ocho batallones para que alcanzaran su objetivo. Lo lograron sin dificultad y hacia el mediodía del 10 de julio, el grueso del ejército de Marlborough había llegado a la ciudad, después de una marcha de unos 48 kilómetros en 36 horas.

La situación táctica había cambiado decisivamente. Si los franceses hubiesen sido los primeros en llegar a Lessines, se habrían apostado entre Marlborough y Oudenaarde, a unos 24 kilómetros. Esto les habría permitido dejar una fuerza considerable en Lessines para enfrentarse a los aliados, mientras el resto del ejército marchaba hacia el oeste y sitiaba Oudenaarde con toda suerte de facilidades.

La marcha forzada del duque, cuidadosamente planificada y ejecutada con suma precisión, frustró los planes de los franceses. Los duques de Vendôme y Borgoña, al saber que Lessines había caído en manos de Marlborough, y que, por lo tanto, su camino hacia el puente de Oudenaarde estaba obstaculizado, se dirigieron hacia el noroeste, a Gavre, con un segundo puente sobre el Escalda. La carrera a Lessines ahora se convirtió en una carrera hacia el Escalda, porque el primer ejército que cruzara el río alcanzaría su objetivo.

La firme dirección del mando y la alta estima en que la tropa tenía a Marlborough estimuló al cansado ejército a realizar otra marcha forzada. Marlborough se hizo preceder por una guardia de unos 11.000 hombres, bajo el mando de su intendente general, William Cadogan, un notable oficial irlandés de caballería al que Marlborough había recurrido a menudo en posiciones avanzadas para estudiar los dispositivos del enemigo. Cadogan sólo tenía 32 años, pero mucha experiencia, y había combatido junto a Marlborough desde 1702. Su tarea consistía en establecer cinco puentes de pontones más abajo de Oudenaarde, con toda la rapidez posible, y luego resistir en aquel punto hasta que llegara el grueso del ejército. Cadogan acabó la construcción de los puentes hacia las 10.30 del día siguiente, el 11 de julio, antes de que los franceses, ocupados exclusivamente en la operación de cruzar el Escalda a la altura de Gavre, pudieran impedírselo. La verdad es que pasaron varias horas antes de que los franceses tuvieran la menor sospecha de lo que planeaba Marlborough.

Al describir esta campaña, el escritor Hilaire Belloc ha recordado la famosa frase del mariscal Ferdinand Foch: «No fueron los cartagineses quienes cruzaron los Alpes. Fue Aníbal.» Es evidente que al intuir Marlborough las intenciones del enemigo y luego desplazar su ejército tan lejos y con tanta rapidez, durante dos días de marcha agotadora, constituyó un éxito militar de gran envergadura, y ha sido registrado como una de las grandes campañas de la historia. Su recompensa fue



Marlborough en la batalla de Blenheim, retratado en este gran gobelino (derecha), perteneciente a una serie del palacio de Blenheim, la gran mansión barroca construida en los terrenos que le cedió la reina Ana como recompensa después de su célebre victoria. Las obras comenzaron en 1705, según los planos de Vanbrugh y Hawksmoor, y para su decoración se empleó a los más grandes artistas y artesanos de la época.

El Príncipe Eugenio de Saboya 1663-1736

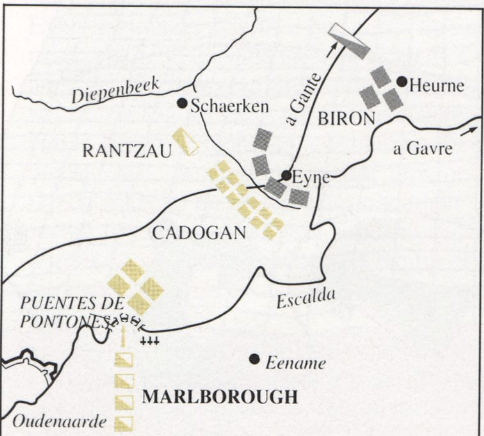
Eugenio era ya sumamente conocido como uno de los grandes militares en Europa cuando él y Marlborough se conocieron en 1704. Había servido bajo Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano, en 1683, a los veinte años, después de que Luis XIV se había negado a destinarlo en el ejército francés.

Siempre combatió demostrando un gran coraje personal y se vio implicado en las campañas contra los turcos en 1688, en la liberación de Viena y la conquista de Belgrado. En 1697, aplastó a los turcos en Zenta.

El aspecto físico de Eugenio se contradecía con sus habilidades, porque era un hombre de pequeña estatura y tenía hoyuelos en las mejillas. Tenía mal genio y una notoria falta de tacto, aunque paradójicamente tenía grandes dotes diplomáticas, y tuvo fama como mecenas del arte. Aunque sus ideas estratégicas carecían de inventiva y osadía, su serenidad y resistencia igualaban las de Marlborough.



El príncipe Eugenio y Marlborough reconociendo el terreno; de un grabado del pintor flamenco Camsvelt.



considerable. Hacia media tarde del 11 de julio, todo su ejército, compuesto por unos 90.000 hombres, había cruzado el río sin sufrir una sola baja. Además, había impedido que Vendôme lograra su deseo más ferviente, a saber, proteger la orilla occidental del Escalda e impedir que los aliados cruzaran mientras él sitiaba Oudenaarde. Por otro lado, había logrado lo que más deseaba, a saber, una gran batalla.

Estaban a punto de oírse los primeros disparos. Los ocho escuadrones de dragones de Hannover de Cadogan, que avanzaban por la orilla occidental del río, llegaron a la cumbre de una pequeña colina. Desde allí podían ob-

Los métodos de Marlborough en el campo de batalla

El grado insólito de control operativo del duque se debía básicamente a su gran sentido de la organización, pero también a su profunda compenetración con el príncipe Eugenio y a la capacidad de sus numerosos subordinados.

A pesar de que Marlborough solía llevar a cabo un reconocimiento personal en vísperas de una batalla, más tarde recurría a los edecanes para que se desenvolvieran como sus ojos y oídos en el campo de batalla. Estos hombres regresaban al puesto de mando, habitualmente emplazado en una colina en las filas del centro-retaguardia del ejército, para informar si era necesario que el propio Marlborough acudiera en persona. También había mensajeros a pie vestidos de chaqueta azul con un distintivo, un bordón coronado de oro, plata o bronce. Eran un recurso más lento, pero más seguro que los jinetes.

Una ventaja adicional de Marlborough, que sigue siendo un misterio, era una excelente información estratégica proporcionada por una fuente en Versalles, desde donde Luis XIV mandaba las órdenes a sus mariscales. Esta fuente estaba financiada por un bien nutrido fondo de 15.000 libras esterlinas al año para los servicios secretos. Marlborough también mantenía contactos con la corte jacobita de St Germain, y con su sobrino, el duque de Berwick, mariscal de Francia. La preocupación de Marlborough por los aspectos de seguridad le permitieron mantener sus fuentes en secreto tanto para los problemáticos aliados como para la posteridad.

Un mensajero de chaqueta azul entrega un mensaje a Marlborough; detalle de un gobelino.



servar las incursiones de las tropas francesas entre los caseríos situados entre los campos verdes, los arroyos, los bosques y arbustos de la abundante vegetación. Se trataba de un terreno propicio para la infantería y no para la caballería, pero fueron los jinetes de Cadogan los primeros en entrar en combate.

Cadogan dejó cuatro batallones protegiendo los puentes, y condujo al resto de su destacamento de avanzada hacia el arroyo de Diepenbeek. Más tarde, él mismo llevó a cabo un reconocimiento de Eyne. En este punto encontró las primeras unidades de los franceses, que subían por la orilla occidental del Escalda, desde Gavre, y ordenó inmediatamente que los dragones, a las órdenes de Jorgen Rantzau, un mayor general danés de reconocido prestigio, avanzaran con el fin de tomar prisioneros e interrogarlos. Una buena parte de los franceses logró escapar, y regresaron para advertir al teniente general marqués de Biron, comandante de la vanguardia, de unos 8000 hombres, de la presencia, tan inesperada como indeseada, de las tropas aliadas en la orilla occidental del río.

Biron avanzó con dos escuadrones para reconocer el terreno, mientras que Rantzau se retiró prudentemente tras el flanco izquierdo de la infantería de Cadogan, que se acercaba a Eyne. Biron debe de haberse llevado una desagradable sorpresa al toparse cara a cara no con una unidad de reconocimiento, sino con un contingente de envergadura. Más tarde, desde las alturas, tuvo una perspectiva aún más inquietante. Una columna ininterrumpida de caballería avanzaba hacia las cabezas de puente y, más al este, divisó la nube de polvo levantada por el ejército aliado en su rápida progresión. Envió sin tardar mensajeros al cuartel general francés.

Vendôme, que había cruzado el río y en ese momento se disponía a comer, no podía creer las noticias. Sin embargo, más tarde, desde un mirador, también él vio la nube de polvo que se acercaba. Vendôme probablemente tomó conciencia de la cercanía del ejército aliado en algún momento entre las 13.30 y las 14.00 h. Para entonces, una batería de seis cañones había tomado posiciones en el flanco izquierdo de Cadogan, en las proximidades del pueblo de Schaerken.

El ejército francés, a la altura de Gavre, ordenó sus flancos al norte del río Norken, a unos cinco kilómetros de Oudenaarde. Los duques de Vendôme y Borgoña tenían dos opciones: podían conservar sus posiciones defensivas —virtualmente inexpugnables— debido a su superioridad numérica, y escabullirse durante la noche; o podían combatir. Sabiendo que la mayor parte del ejército aliado aún se encontraba al otro lado del Escalda, Vendôme optó por un ataque inmediato, pero el duque de Borgoña se opuso. Sin embargo, Vendôme ordenó a Biron que atacara las posiciones de Cadogan. Cuando Biron se acercó con sus escuadrones al frente de los aliados vio, para su asombro, que Cadogan había reunido los cuatro batallones que antes protegían las cabezas de puente y que su frente reforzado de dieciséis batallones ahora iba desde el Escalda hasta la aldea de Schaerken. Con sólo siete batallones suizos y veinte escuadrones, Biron vaciló, y con razón.

Casi en ese mismo momento apareció el teniente general marqués de Puysegur, del estado mayor del duque de Borgoña. Puysegur era un militar de gran experiencia, y se le atribuía un conocimiento relativamente exhaustivo del terreno, pero su consejo, casi por sí solo, habría de costarle a los franceses la derrota. En su opinión, los terrenos pantanosos alrededor de Diepenbeek hacían impracticables las maniobras de la caballería. Vendôme, que se ocupaba de enviar refuerzos para apoyar el ataque de Biron, aceptó el consejo y dirigió sus tropas hacia el oeste, en las laderas cerca de Huysse.

Mientras se desarrollaban estas maniobras limitadas, Marlborough y Eugenio, junto a veinte escuadrones de la caballería prusiana, bajo las órdenes del mayor general Dubitslaw Natzmer, había galopado hasta el Escalda y, hacia las 13.00 h, los prusianos cruzaron el río. A medida que cruzaban los contingentes, Marlborough los dirigía a los puntos donde ocuparían las mejores posiciones.

El resto de la caballería del flanco derecho fue apostada al otro lado del camino de Oudenaarde a Gante, entre Bevere y Eyne, con el fin de controlar el flanco norte, en caso de que los franceses decidieran no cruzar el río. En el flanco izquierdo se ordenó a la caballería que cruzara el Escalda por los dos puentes de piedra en Oudenaarde, donde se había tendido otros puentes de pontones. Marlborough había reservado los puentes más cercanos para su infantería, que había recorrido 80 kilómetros en 60 horas. Los propios "príncipes gemelos" cruzaron alrededor de las 14.00 h.

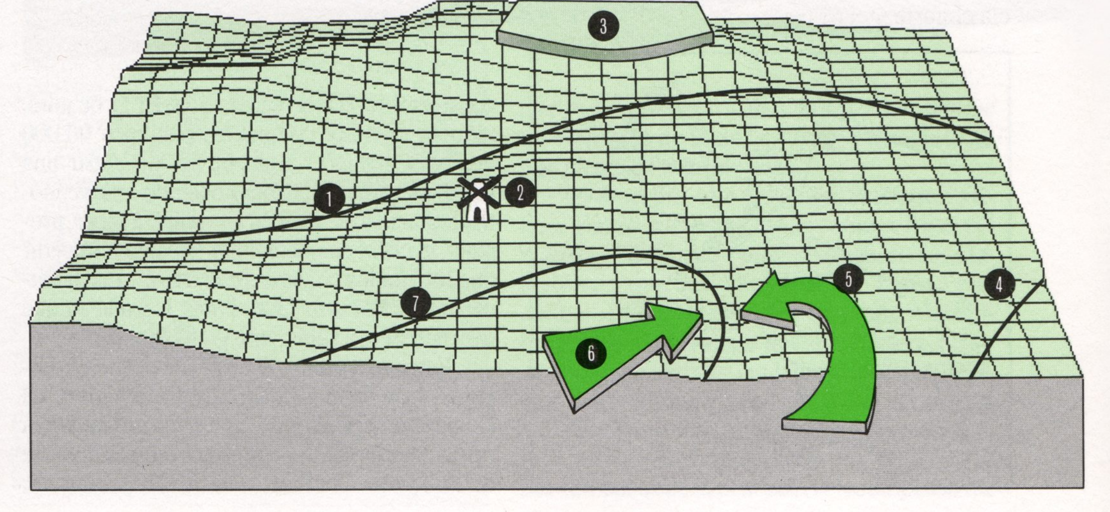
Justo antes de las 15.00 h, la brigada británica que encabezaba la expedición perteneciente a las unidades de infantería bajo las órdenes del duque de Argyll, un joven inexperto pero resuelto, cruzaba el río. Cadogan, con la venia de Marlborough, cargó de frente contra los siete batallones de mercenarios suizos. Estas unidades habían recibido de Vendôme orden de avanzar cuando anteriormente había dado a Biron instrucciones de atacar y, por equivocación, habían sido pasadas por alto.

El ataque de Cadogan desbordó a los suizos, y los aliados procedieron a ocupar el poblado de Heurne. Los dragones de Rantzau, entre ellos el futuro monarca Jorge II de Inglaterra, también habían cargado y obtenido buenos resultados. Hicieron retroceder no sólo a los suizos sino también a los escuadrones de Biron, hasta topar con un importante contingente de la caballería francesa. En ese momento, superados en número, se vieron obligados a retroceder. El efecto táctico de este asalto fue leve, pero les permitió ganar tiempo para que otras unidades aliadas cruzaran el río.

A esto se agregó otro resultado más significativo. El duque de Borgoña, molesto y humi-

Hacia media tarde, el grueso del ejército de Marlborough había cruzado el Escalda (4), y los combates a lo largo de los arroyos de Marollebeek (7) y Diepenbeek eran encarnizados. Eugenio, en el flanco derecho de los aliados, se encontró en apuros. Para relevarlo, cerca de las 18.15 h, Marlborough ejecutó una disciplinada y hábil maniobra: volvió a conducir las unidades de infantería de Hannover y Hesse a la otra orilla del Escalda, junto a las tropas del general Lottum, a su izquierda. Ordenó que las tropas de Lottum se replegaran a intervalos preestablecidos y se dirigiera (5) a apoyar a Eugenio.

Esta maniobra no sólo le proporcionó tropas frescas a su flanco izquierdo sino también dio un respiro a los hombres de Lottum. El flanco derecho de Marlborough ahora superaba al flanco izquierdo de su enemigo (6). Entretanto, Borgoña (2) permanecía inactivo, al igual que gran parte de la caballería e infantería francesa (3), estacionadas en una colina al norte del río Norken (1).



Luis José de Borbón, duque de Vendôme 1654-1712

En la época de la batalla de Oudenaarde, Luis José de Borbón, duque de Vendôme, era un militar con una dilatada experiencia que había servido a las órdenes de Turena en el mismo período que Marlborough, en 1674. Luis José era bisnieto de Enrique IV de Francia y, pese a ser descendiente de uno de los hijos ilegítimos del rey, por sus venas corría sangre real. A pesar de esto, sus hábitos personales eran inmundos —solía llevar la misma ropa manchada de tabaco durante semanas sin cambiársela— y muy pocos buscaban y aún menos lograban soportar visceralmente su compañía.

A pesar de que Vendôme era un cínico y un vicioso, poseía notables cualidades como estratega militar, entre ellas, sobre todo su capacidad de ver con antelación cuál era el método más apropiado para conducir una batalla. Pero nunca comprendió el gran valor que tenía un detallado reconocimiento, y era tan aficionado a entrar personalmente en combate que a menudo se vio envuelto en una escaramuza particular de la acción en lugar de dirigir el conjunto, como era lo propio en un comandante.



Tal vez nadie comprendió mejor su naturaleza que el príncipe Eugenio, su primo, que había luchado contra él en Italia en la intrascendente batalla de Casano, en 1705. Cuando Marlborough le preguntó a Eugenio por su valoración de Vendôme, éste escribió: «Es amado por el soldado raso, y una vez que ha tomado una decisión, se ciñe a ella de tal modo que nada puede torcerla... Si sus planes son desbaratados, le resulta difícil adaptarse, y deja la solución en manos del azar...»

Esta penetrante opinión acerca de su carácter explica con claridad la actitud de Vendôme en la batalla de Oudenaarde. Era capaz de despertar una gran energía y devoción en sus hombres, pero no sabía adaptar su pensamiento táctico a las circunstancias cambiantes, y se obstinaba en seguir adelante con su estrategia original.

A pesar de su conducta viciosa y censurable, y aunque su derrota en Oudenaarde le significó numerosos enemigos en la corte, Vendôme continuó al servicio de Luis XIV, y en 1710 fue enviado a España, donde sus victorias en Brihuega y Villaviciosa ayudaron al nieto del Rey Sol, Felipe V, a conservar su precario trono. A propósito de su éxito en España, Luis escribió un comentario sintomático: «Y, sin embargo, al fin y al cabo, sólo se trataba de un soldado más del ejército.»

llado por la derrota de los suizos a manos de un contingente tan pequeño, decidió lanzar un ataque general mientras los aliados eran aún poco numerosos. Vendôme, que había querido atacar anteriormente, pensó que ahora, a las 15.00 h, era demasiado tarde. Pero su opinión fue desautorizada. El flanco derecho de los franceses, por lo tanto, comenzó a cruzar el río Norken, acercándose a las fuerzas aliadas en Eyne. Nunca se ha encontrado una explicación razonable de por qué el flanco izquierdo de los franceses permaneció apostado cerca de Huysse.

Sobre las 16.00 h, las tropas de Argyll habían cruzado el río y se desplazaban siguiendo las instrucciones de Marlborough. Las formaciones de avanzada de los aliados se posicionaron en dos mitades continuas, mirando hacia el norte y el oeste. 28 escuadrones de Prusia y Hannover fueron apostados al norte de Eyne, siguiendo una línea que corría de este a oeste, desde el Escalda hasta la aldea de Groenewald. El flanco izquierdo de la caballería se unía en ángulo recto, por su flanco derecho, con el flanco derecho de la infantería de Cadogan. Así, la caballería podía proteger el flanco derecho de la infantería e impedir que fueran rodeados. A su vez, la infantería, que miraba hacia el oeste, habría de recibir el inminente ataque de los franceses, que se inició hacia las 16.00 h.

El duque de Borgoña ordenó un asalto a la aldea de Groenewald, pero a pesar de intentarlo por todos los medios, fueron rechazados por los regimientos prusianos. Al oír el sonido de los disparos, Vendôme cometió un acto de asombrosa locura, tratándose de un militar de su experiencia y habilidad. En lugar de consultar con Borgoña, cuyo cuartel general se encontraba en las cercanías del molino de Royegem, y diseñar nuevos planes, reunió doce regimientos y encabezó personalmente el ataque a Groenewald y Herlegem. Él mismo no tardó en entrar en combate cuerpo a cuerpo con una pica de dos metros de largo. Así, al poco de iniciarse el grueso de la batalla, uno de los jefes del ejército francés se encontraba en la retaguardia, como un observador impotente, mientras el otro, en lucha cuerpo a cuerpo, no lograba imponer un control absoluto de la situación.

Sin embargo, en ese momento, aproximadamente a las 17.00 h, los franceses tenían la victoria al alcance de la mano. En el flanco izquierdo, contaban con unos 30.000 hombres de todas las armas, que aún no habían entrado en combate. Si este importante contingente hubiese cargado contra el flanco derecho de los aliados probablemente lo habrían arrasado. Entretanto, Vendôme, a pesar de verse delicadamente comprometido en Groenewald, podría haber envuelto el flanco derecho de los aliados, hacia Schaerken, antes de que el resto del ejército de Marlborough cruzara el Escalda.

Sin embargo, la exigencia de Vendôme para que el flanco izquierdo de los franceses se desplazara fue desautorizada por el duque de Borgoña, que había aceptado el consejo impreciso de Puysegur de que los terrenos pantanosos eran impenetrables. Borgoña le comunicó su rechazo a Vendôme con un hombre que no llegó a entregar el mensaje. Así, Vendôme siguió adelante con su ataque sobre Herlegem y Groenewald, esperando un ataque desde el flanco izquierdo de los franceses, que en realidad nunca se materializó.

Entretanto, una parte importante de los regimientos de infantería de Argyll había cruzado los puentes y, siguiendo las órdenes de Marlborough, se introdujeron en la peligrosa laguna entre el flanco extremo izquierdo de Cadogan y Schaerken. Pero esto sólo trajo un alivio momentáneo, porque el frente de los franceses seguía extendiéndose hacia la derecha y, una vez más, amenazaban con desbordar a los aliados por la izquierda.

Hubo un factor físico del que el duque se benefició en esta coyuntura. A medida que el frente aliado, respondiendo a los desplazamientos franceses, se orientaba masivamente hacia el oeste, se redujo la distancia entre los puentes y el flanco izquierdo, de modo que las tropas que llegaban podían entrar más rápidamente en combate.

Éste fue el punto crucial de la batalla, si bien Marlborough continuó dando muestras de su grandes dotes de comandante a lo largo del día. Aproximadamente a las seis de la tarde, decidió dividir su unidad de mando. Viendo que su flanco izquierdo no tardaría en convertirse en un punto crítico, desplazó su cuartel personal hacia allá, y dejó el flanco derecho bajo las órdenes de Eugenio. Luego, unos



Los planes de Marlborough en Oudenaarde consistían en envolver a los franceses por ambos flancos. De no haberse hundido los dos puentes de pontones de Oudenaarde, podría haber tenido éxito, accidente que provocó un retraso de cerca de una hora de las tropas de Overkirk.

Sin una gran superioridad numérica, esta táctica puede resultar peligrosa, porque la fuerza envolvente puede debilitarse y volverse vulnerable ante un contraataque. Si tiene éxito, como fue el caso de Gengis Khan en la batalla del Indo, se asegura la destrucción completa del enemigo.

Aproximadamente a las 18.00 h, sabiendo que su flanco izquierdo sería el sector crucial si lograba acometer con éxito el doble envolvimiento del enemigo, Marlborough se desplazó hacia ese sector y dejó a Eugenio al mando del flanco derecho.



Vendôme (2) se había enfrascado personalmente en la batalla, pica en ristre. Entretanto, su aliado, el duque de Borgoña, seguía siendo un simple espectador en las alturas de Royegem (**1**).

El enfrentamiento cerca del arroyo de Marollebeek (**7**) entre franceses y Argyll contra las tropas de Cadogan (**6**) fue uno de los más cruentos de la batalla. El intercambio de disparos de mosquete fue el más intenso conocido hasta entonces.

A medida que la desesperada acción de la infantería se desplazaba de un lado a otro, la caballería francesa (**4**) permaneció inactiva en las colinas cerca de Huysse, al norte del río Norken. Se les había informado incorrectamente de que el terreno pantanoso que tenían enfrente era infranqueable para la caballería.

Cerca de las 18.15 h, Eugenio se encontraba sometido a una intensa presión, y Marlborough decidió reforzarlo con la infantería del general Lottum (**5**) en el flanco izquierdo. Esto aumentó la fuerza de la infantería aliada en el flanco derecho a unos 56 batallones, seis más que los franceses, dándoles por primera vez en el día una superioridad numérica en ese sector. Hasta entonces, los aliados apenas habían logrado contener los tres feroces ataques de los franceses. Ahora fueron capaces de recuperar Groenewald (**3**).

quince minutos más tarde, a sabiendas de que Eugenio estaba bajo intensa presión, ejecutó con finura y éxito total una de esas maniobras con las que alcanzó su merecida celebridad.

Otros 18 batallones de dragones de Hannover y Hesse acababan de cruzar el puente, y Marlborough los dirigió hacia los 20 batallones de infantería del teniente general prusiano Karl von Lottum en su flanco de extrema izquierda, sobre el Diepenbeek. Pero sólo se trataba de una treta con la que engañar a los franceses, puesto que Marlborough, a continuación, ordenó que las tropas de Lottum se retiraran en intervalos preestablecidos, para acudir luego a apoyar a Eugenio en el flanco derecho.

Gracias a esta maniobra, que no sólo demostró la genialidad de Marlborough sino también la disciplina y la confianza de sus hombres, se alcanzó ciertos objetivos, básicamente que las tropas frescas de Hannover y Hesse fueran desplegadas a la izquierda, donde más se las necesitaba. Y los hombres exhaustos de Lottum, aunque habían sido obligados a marchar lo más rápidamente posible para apoyar a Eugenio, fueron al menos provisionalmente retirados del campo de batalla. Ahora Eugenio disponía de 56 batallones bajo su mando, con 50 de los cuales resistió a los asaltos de Vendôme, mientras que el propio Marlborough disponía de sólo 18 batallones. Pero el momento de su gran jugada estaba a punto de producirse, o al menos así lo pensaba él.

El conde Hendrik Overkirk, un mariscal de campo holandés de 67 años y compañero de Marlborough a lo largo de muchos años, debía cruzar el puente de Oudenaarde con el ejército holandés. Luego marcharía hacia las alturas del norte, conocidas como Boser Couter, en el extremo izquierdo del campo de batalla, y luego se dirigiría al este y envolvería a los franceses por la derecha. Sin embargo, desafortunadamente para Marlborough, los pontones de Oudenaarde cedieron y Overkirk no tuvo otra opción que conducir al conjunto de sus tropas a través de los dos puentes de piedra de Oudenaarde. Esto significó un retraso de alrededor de una hora. Hacia las 19.00 h la batalla entró en su fase final. Marlborough intentó su plan táctico de doble envolvimiento, si bien siempre se mantuvo alerta frente a los movimientos del importante contingente de tropas francesas situado más al norte, que podía atacar en cualquier momento. Natzmer, que ahora estaba bajo el mando de Eugenio en la derecha, cargó poco después de las siete de la tarde y destrozó la caballería francesa, camino hacia Royegem y hacia el cuartel general del duque de Borgoña.

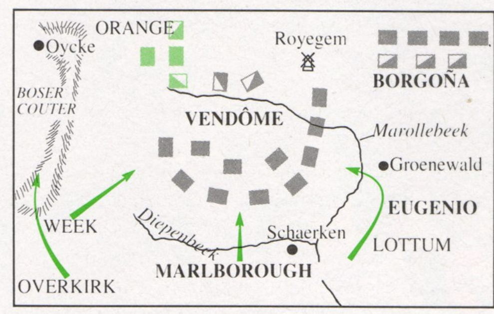
Esta carga fue rechazada, después de numerosas bajas, por la caballería de la Casa del Rey. Sin embargo, desmoralizó aún más a los franceses y otorgó una protección momentánea al flanco derecho de los aliados. Entretanto, Marlborough, envió la caballería a apoyar a Eugenio que, en ese momento, controlaba sus flancos con relativa seguridad.

Con su reducido número de hombres, Marlborough no podía hacer otra cosa que resistir el embate de los franceses en el centro. Sin embargo, las tropas de Overkirk, en el flanco extremo izquierdo, ahora se habían reunido. Antes, siguiendo las órdenes de



La efigie de la reina Ana figura en esta medalla, acuñada más tarde para conmemorar la victoria de Marlborough en Oudenaarde.

En el reverso, soldados franceses prisioneros encadenados a una columna ornamentada con banderas.



Las secuelas de Oudenaarde

A lo largo de 1708, el ejército francés no se recuperó del serio revés sufrido en Oudenaarde. «Es totalmente seguro —escribió Marlborough poco después de la batalla— que nuestro éxito en Oudenaarde ha reducido ese ejército en al menos 20.000 hombres, pero creo que nuestra mayor ventaja consiste en el temor que hemos sembrado entre sus tropas, de modo que buscaré cualquier ocasión para atacarlos.»

Con este fin, Marlborough ideó un plan estratégico potencialmente mortal, que al principio comunicó sólo a Eugenio. Se trataba de usar Abbeville como base para recibir pertrechos de Inglaterra, mientras su ejército, evitando y dejando de lado las grandes fortalezas en la frontera francesa, marchaba sobre París y llevaba la guerra a un final rápido y victorioso.

Las flotas inglesa y holandesa podían transportar las provisiones para el ejército, constituido por unos 100.000 hombres. Las guarniciones francesas en la frontera se verían obligadas a abandonar sus fortalezas para entablar la persecución, al igual que las tropas de Vendôme en Gante, lo cual brindaría al duque otra oportunidad para derrotar a los franceses en campo abierto. Lo más tentador de todo era que esa alternativa eliminaría la necesidad de llevar a cabo un sitio costoso y prolongado de las fortalezas en la frontera francesa. Sin embargo, para llevar a cabo este plan, Marlborough necesitaba la entusiasta cooperación de su ilustre capitán Eugenio. Por una vez, no obstante, Eugenio no quiso aceptar una estrategia tan colosal y audaz como la que había concebido el capitán-general británico. Sólo vio los problemas logísticos y los peligros. Sin la aprobación de Eugenio, el plan de Marlborough estaba destinado al fracaso. Por lo tanto, se vio obligado a inclinarse por la aventura más segura, a saber, el sitio de una fortaleza, que de ser exitoso sería un logro estratégico, pero no podría por sí solo poner fin a la guerra.

Marlborough organizó los dos enormes convoyes de pertrechos, cañones y municiones para llevarlos desde Bruselas hasta la frontera francesa. Esta maniobra confundió a los franceses, que no sabían si intentaba cercar la fortaleza de Ypres, la de Tournais o la de Lille. De hecho, el plan de Marlborough era conquistar Lille.

Marlborough, ocho batallones holandeses, bajo las órdenes de Overkirk, habían girado hacia la derecha, más o menos a medio camino entre Oudenaarde y Oycke, para coger a los franceses por el flanco derecho.

Aproximadamente a las 19.30, Marlborough lanzó su movimiento de envolvimiento al ordenar a Overkirk atacar a los franceses por detrás desde las alturas del Boser Couter. Este contingente, que comprendía 12 escuadrones y 16 batallones holandeses, tomaron a los franceses completamente por sorpresa, y la totalidad de su flanco derecho no tardó en empezar a desintegrarse. En ese momento ya eran pasadas las 20.30 h. A pesar de la valiente resistencia, los franceses fueron claramente derrotados, y hacia las 21.00 h, a más tardar, aquellos que aún podían, intentaban escapar del círculo aliado que se estrechaba, para dirigirse al norte, hacia Huysse. El duque de Borgoña, Vendôme y sus generales emprendieron la misma ruta.

Marlborough no logró consolidar la victoria total que perseguía —y que merecía, debido a su planificación y a su conducción del combate— debido al fallo de los puentes de Oudenaarde. Le quedaban muy pocas horas de luz para su plan de doble envolvimiento. Sin embargo, su logro fue espectacular. Los franceses habían perdido al menos a 13.750 hombres, la mitad de ellos prisioneros, más 4.500 caballos y 25 cañones. Los aliados no perdieron más de 2.975 hombres.

El sitio de Lille

El capitán Robert Parker, que sirvió a las órdenes de Marlborough a lo largo de todas sus campañas, escribió que éste «jamás libró una batalla que no ganara, ni sitió una ciudad que no conquistara». En 1708, Marlborough ganó una gran batalla en Oudenaarde, seguida de un sitio espectacular de 120 días a la ciudad de Lille, tal vez el más largo de sus treinta sitios.

Esta ciudad-fortaleza era la obra maestra del brillante ingeniero francés mariscal Sébastian Vauban. Entre 1668 y 1674, este la había reforzado usando 60 millones de ladrillos para construir inmensos muros exteriores en zigzag que rodeaban un foso, en el cual había islotes como bastiones, y un gran muro interior con más defensas. La ciudadela en sí misma tenía una construcción amurallada en forma de estrella, y había que cruzar dos muros interiores con dos fosos antes de llegar al muro principal.

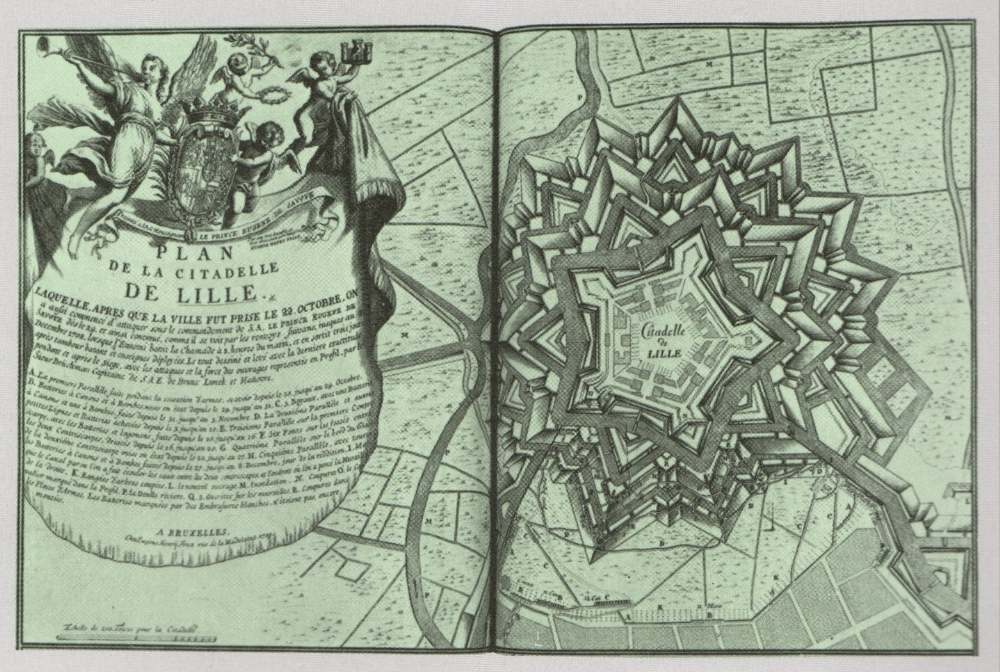
El convoy de asedio de las tropas aliadas, con 18 cañones pesados y 20 morteros, necesitó 16.000 caballos y 3.000 carros de municiones para desplazarse desde Bruselas. La columna tenía un largo de 24 kilómetros, y durante la ruta tuvo que ser protegida de las tropas francesas que la amenazaban por el norte y por el sur.

Marlborough, con el ejército sitiador, cubrió su sitio con el fin de impedir que los franceses recuperaran la ciudad, mientras que Eugenio, con una fuerza de 35.000 hombres, llevó a cabo el sitio en sí mismo. Éste comenzó oficialmente el 13 de agosto, y al cabo de dos semanas, se había completado unos 16 kilómetros de circunvalación —terraplenes en torno a la ciudad— y se empezó a cavar trincheras en dirección a los muros. El 27 de agosto, a una distancia de unos 550 metros, 88 cañones comenzaron a disparar sus enormes bolas de hierro contra las defensas exteriores que protegían las puertas del norte.

La fortaleza, que contaba con unos 16.000 hombres y unos 150 cañones, estaba bajo el mando del veterano mariscal Louis Boufflers, que había servido a las órdenes de Turena, junto a Marlborough. El 26 de agosto realizó una salida, y nuevamente el 5 de septiembre, mientras Marlborough y Eugenio se enfrentaban a unos 100.000 soldados franceses al sudoeste de Lille. Pero, a pesar de estos intentos, Marlborough no conseguía que los franceses plantearan batalla. El sitio continuó, y los cañones no hacían mella en las enormes murallas. Hacia el 27 de septiembre, ambos bandos contaban con pólvora para sólo cuatro días. Pero Boufflers recibió casi 18 toneladas de pertrechos cuando dos mil dragones lograron pasar con un saco de 22 kilos cada uno, y luego un convoy logró penetrar a través de la nueva base de provisiones de Marlborough en Oostende, con 111 toneladas para los sitiadores. Hacia el 16 de octubre, estos hombres habían llegado a nutrirse con una dieta consistente de pan en sus dos terceras partes, hasta que sus cañones lograron finalmente crear una brecha de 107 metros en el principal muro de la ciudad. Boufflers entregó la ciudad el 22 de octubre para impedir el saqueo, y se le otorgaron tres días para evacuar a 5.000 soldados ilesos y otros 4.000 enfermos y heridos. Los aliados sufrieron casi 7.000 bajas.

El 26 de octubre, Eugenio abrió las trincheras contra la ciudadela pentagonal y a fines de noviembre Marlborough derrotó un intento de diversión del ejército francés. El 4 de diciembre, este se retiró a sus cuarteles de invierno. Boufflers se rindió el 9 de diciembre.





El príncipe Eugenio y Marlborough observan el bombardeo de Lille. El plano de la ciudadela de Lille, obra maestra de Vauban, fue dibujado por un capitán alemán durante y después del sitio, y más tarde regalado al príncipe Eugenio.

Federico el Grande *1712-1786*

Quitáos vuestros sombreros, caballeros, si Federico viviera, nosotros no estaríamos aquí.» El homenaje a Federico que en 1806 Napoleón, el mayor de los generales franceses, pronunció ante su tumba, le habría complacido al viejo Fritz, dado que todo lo que le apasionaba en esta vida estaba relacionado con lo francés, desde su ejército hasta —aunque parezca curioso— la flauta.

El carácter caprichoso y contradictorio de Federico el Grande se debe en parte al tratamiento brutal y degradante que sufrió cuando era joven. Su padre, Federico Guillermo I de Prusia, un hombre emprendedor pero vulgar y dominante, padecía la rara y dolorosa enfermedad de Porfiria, que le hacía caer periódicamente en estados de locura. Despreciaba la afición de su hijo por el arte y la literatura francesa y solía humillarlo en público. Al mismo tiempo, Federico no perdía ocasión de provocar y mofarse de su padre enfermo, compadeciéndolo pero también odiándolo.

En 1730, cuando Federico tenía 18 años, los insultos y la brutalidad de su padre lo llevaron a intentar una fuga. Su osado plan fue descubierto, por lo cual fue apresado y forzado a presenciar la ejecución de su buen compañero, el teniente Von Katte. Al cabo de dos semanas, viendo que su situación no tenía remedio, Federico decidió someterse a la voluntad de su padre. Tres años más tarde, sobre todo con el objetivo de establecerse por su propia cuenta, se casó con Isabel de Brunswick. Dejó clara su actitud en una carta a su hermana Guillermina: «Me... casaré con esta dama. Pero luego me despediré con un tenga usted buenos días señora, y buena suerte.» La pareja no tardó en separarse. A partir de ese momento, Federico prácticamente no demostró ningún interés por las mujeres. Se limitó a gozar de su casa en Rheinsberg, de su biblioteca y de sus jardines. Sólo cuando murió su padre desplegó aquella despiadada capacidad de mando que sería la principal característica a lo largo de su vida.

Federico era de estatura ligeramente mayor de lo normal, pero algo encorvado, y esto, junto a su espalda desgarbada y sus anchas caderas, le daban un aspecto torpe. Su rasgo más notable era su mirada viva y penetrante. Solía llevar un simple uniforme y se mostraba descuidado en su manera de vestir, ya que a menudo llevaba la misma ropa que apestaba a rapé hasta dejarla hecha jirones.

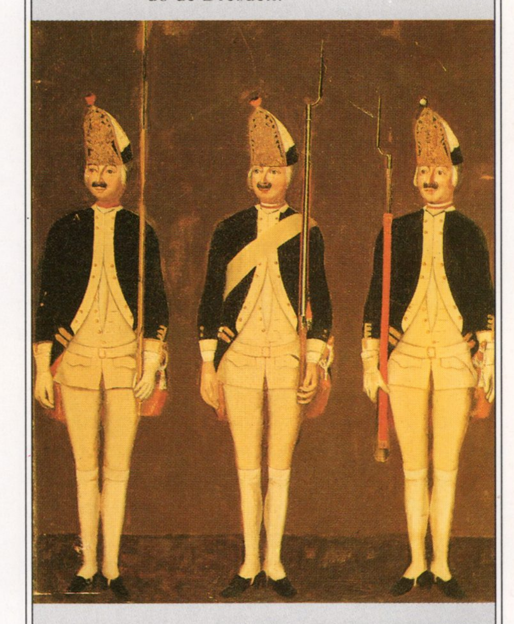
Es realmente imposible entender el carácter de Federico, porque era un hombre de grandes contradicciones. Estaba profundamente interesado en el arte, y a las cenas que ofrecía en Sanssouci, su palacio de Postdam, acudían artistas, escritores y pensadores de toda Europa, entre ellos Voltaire. Era hábil tocando la flauta, compuso marchas militares y escribió con gran perspicacia sobre la política y las artes militares.

Sin embargo, era un hombre sin escrúpulos. Rompía los tratados sin ningún miramiento y veía en todos los seres humanos simples apéndices de su voluntad. Se preocupaba del bienestar de sus soldados porque de otra manera sería incapaz de formar el ejército eficiente que su ambición exigía, pero no toleraba ser testigo de los salvajes castigos militares impuestos a los soldados. También intentó mejorar las condiciones de su pueblo, estimuló la educación, construyó canales y caminos y creó nuevas industrias. Toleraba todas las religiones, y él mismo se declaraba ateo.

Federico fue, no obstante, un militar de gran genio, y aparte de Alejandro, fue de los más notables exponentes del ataque ininterrumpido. Napoleón, que estudió las batallas de Federico en todos sus detalles, declaró que este intentó llevar a cabo estratagemas ante las que incluso él mismo habría vacilado. Sus palabras constituyen un epitafio adecuado para Federico: «Quien durante siete años defendió a Prusia contra las tres naciones más poderosas de Europa no fue el ejército prusiano, sino Federico el Grande.»

Retrato de Federico el Grande, obra de J.G. Glume; Federico lleva la banda naranja y la estrella bordada de la Orden del Aguila Negra, la condecoración prusiana más importante, instituida en 1701.
Uniformes del Regimiento Nº 12 de infantería prusiana, h. 1752; de izquierda a derecha, sargento de granaderos, granadero y cabo de granaderos.

1712 *24 de enero.* Nace en Berlín, el mayor de los hijos sobrevivientes del rey Federico Guillermo I de Prusia.
1727 Nombrado mayor de los guardias de Potsdam.
1731 Arrestado por intento de deserción.
1734 Sirve bajo las órdenes del príncipe Eugenio en el Rin, en el sitio de Philipsburgo.
1740 *31 de mayo.* Coronado rey de Prusia.
1741 Invade Silesia. *10 de abril*, victoria en la batalla de Mollwitz.
1742 *17 de mayo*, victoria en la batalla de Chotusitz.
1744 Invade Bohemia. *2 de septiembre*, conquista Praga.
1745 *3 a 4 de junio*, victoria en la batalla de Hohenfriedberg, y *30 de septiembre*, de Soor; *25 de diciembre*, tratado de Dresden.



1756 *29 de agosto al 10 de septiembre*, invade Sajonia y ocupa Dresden; *1 de octubre*, victoria en la batalla de Lobositz contra el ejército sajón.
1757 *6 de mayo*, victoria en la batalla de Praga; *18 de junio*, derrota en la batalla de Kolin; *5 de noviembre*, victoria en la batalla de Rossbach; *5 de diciembre*, ***batalla de Leuthen.***
1758 Fracasa el sitio de Olmütz; *25 de agosto*, estrecha victoria en la batalla de Zorndorf; *14 de octubre*, derrota en la batalla de Hochkirch.
1759 *12 de agosto*, derrota en la batalla de Kunersdorf.
1760 *15 de agosto*, victoria en la batalla de Leignitz, y *3 de noviembre*, de Torgau.
1762 *5 de enero*, la muerte de Isabel de Rusia salva a Federico. Mayo, tratado de paz con Rusia y Suecia. *21 de julio*, victoria en la batalla de Burkersdorf.
1763 *16 de febrero*, conserva Silesia por el tratado de Hubertusburgo.
1778/1779 "Guerra de las patatas", sin consecuencias, por la sucesión en Baviera.
1786 *17 de agosto*, muere en Sanssouci a los 74 años.



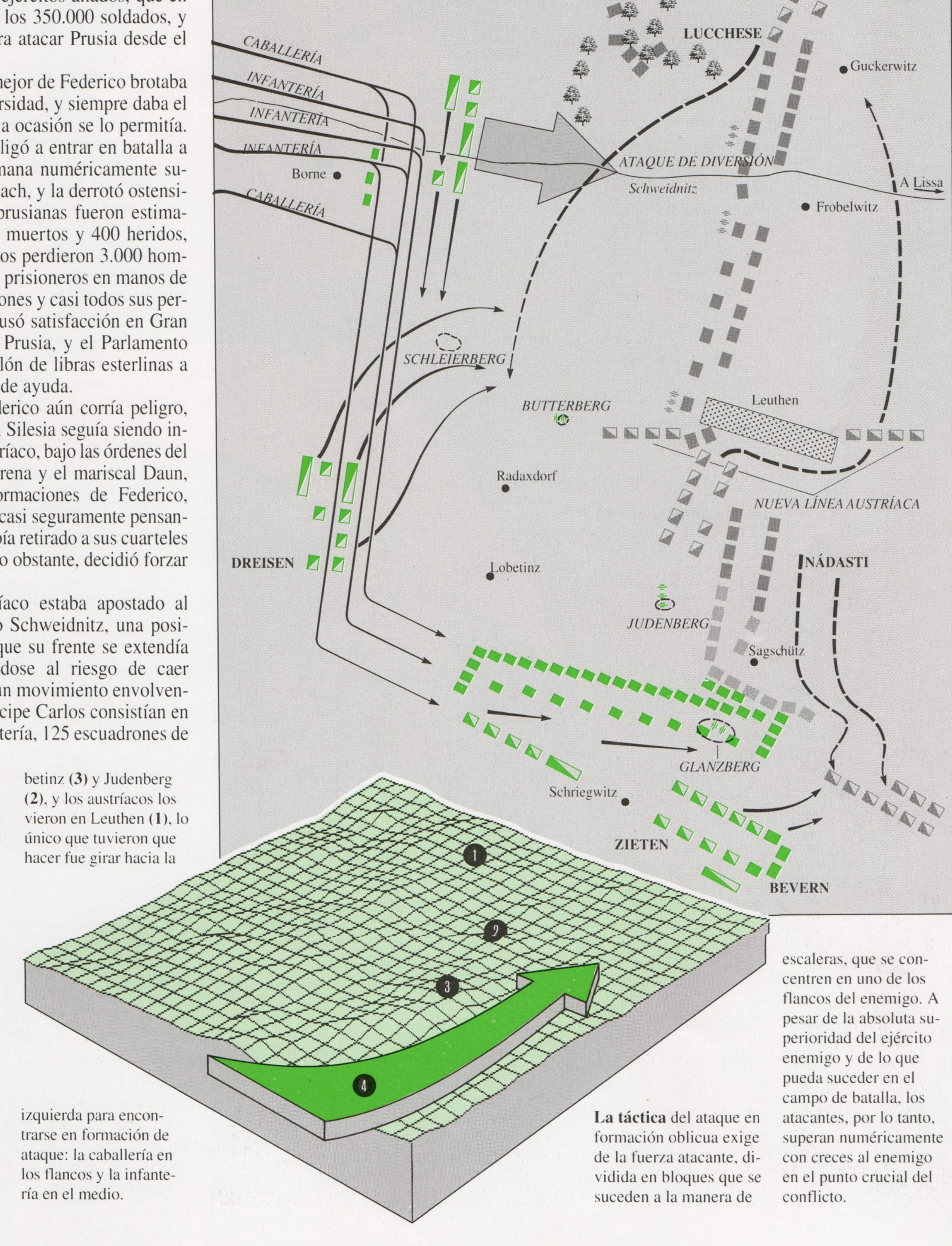
La batalla de Leuthen/*5 de diciembre, 1757*

LA INVASIÓN PREVENTIVA de Sajonia que Federico llevó a cabo en agosto de 1756 y la toma de Dresde el 3 de septiembre llevaron a los aliados a una respuesta inmediata. Federico venció en la batalla de Lobositz, en octubre, pero en la campaña de 1757 fue derrotado decisivamente por el mariscal Leopold von Daun en la batalla de Kolin. Se encontró con no más de 68.000 hombres, frente a los ejércitos aliados, que en su conjunto rondaban los 350.000 soldados, y que se preparaban para atacar Prusia desde el oeste, el sur y el este.

Sin embargo, lo mejor de Federico brotaba en momentos de adversidad, y siempre daba el primer golpe cuando la ocasión se lo permitía. El 5 de noviembre obligó a entrar en batalla a una fuerza francoalemana numéricamente superior, cerca de Rossbach, y la derrotó ostensiblemente. Las bajas prusianas fueron estimadas en menos de 200 muertos y 400 heridos, mientras que los aliados perdieron 3.000 hombres y dejaron a 5.000 prisioneros en manos de Federico, unos 70 cañones y casi todos sus pertrechos. La noticia causó satisfacción en Gran Bretaña, el aliado de Prusia, y el Parlamento otorgó más de un millón de libras esterlinas a Federico en concepto de ayuda.

Sin embargo, Federico aún corría peligro, porque su situación en Silesia seguía siendo incierta. Un ejército austríaco, bajo las órdenes del príncipe Carlos de Lorena y el mariscal Daun, había, según las informaciones de Federico, avanzado hasta Lissa, casi seguramente pensando que Federico se había retirado a sus cuarteles de invierno. Pero él, no obstante, decidió forzar una batalla.

El ejército austríaco estaba apostado al oeste del pequeño río Schweidnitz, una posición fuerte, excepto que su frente se extendía demasiado, exponiéndose al riesgo de caer bajo la embestida de un movimiento envolvente. Las tropas del príncipe Carlos consistían en 85 batallones de infantería, 125 escuadrones de



El plan de Federico para un ataque significaba simular una incursión contra el flanco derecho austríaco, mientras su fuerza principal **(4)** se dirigía al sur, detrás de las colinas que los ocultaban del enemigo. Los prusianos habían comenzado su marcha en "alas" —cinco columnas paralelas con la caballería en los flancos y la infantería entre ellos—. Ahora se recompusieron en "líneas": dos formaciones paralelas con la caballería al frente y atrás. Cuando los prusianos aparecieron cerca de Lobetinz **(3)** y Judenberg **(2)**, y los austríacos los vieron en Leuthen **(1)**, lo único que tuvieron que hacer fue girar hacia la izquierda para encontrarse en formación de ataque: la caballería en los flancos y la infantería en el medio.

La táctica del ataque en formación oblicua exige de la fuerza atacante, dividida en bloques que se suceden a la manera de escaleras, que se concentren en uno de los flancos del enemigo. A pesar de la absoluta superioridad del ejército enemigo y de lo que pueda suceder en el campo de batalla, los atacantes, por lo tanto, superan numéricamente con creces al enemigo en el punto crucial del conflicto.

El conflicto entre Austria y Prusia

El 29 de agosto de 1756, Federico el Grande de Prusia, a la cabeza de un ejército de 70.000 hombres, entró en Sajonia. La guerra de los Siete Años, la primera de las guerras mundiales, había comenzado. Las razones para este conflicto tienen sus raíces en la guerra de la Sucesión Austríaca (1740-8).

La archiduquesa María Teresa de Austria, esposa de Francisco I, emperador del Sacro Imperio Romano, y regente después de la muerte de este y del entronamiento de su hijo José II, en 1765, era hija del emperador Carlos VI del Sacro Imperio Romano. Según la Pragmática Sanción de 1713, Carlos había intentado que su hija fuese declarada heredera de las posesiones de los Habsburgo. Durante su vida, esto fue aceptado no sólo en los territorios de los Habsburgo, sino también por las principales potencias europeas. Sin embargo, a la hora de su muerte, las grandes potencias se desentendieron del tratado con suma facilidad y formaron una alianza contra ella. Federico de Prusia se apoderó de la provincia de Silesia. Después del tratado de Aquisgrán, que puso fin a la guerra, el gran canciller de María Teresa, el príncipe von Kaunitz, intentó convencer a los franceses, los enemigos tradicionales de Austria, de que el verdadero enemigo de ambos era, en realidad, Prusia. Así, a pesar de que Federico respetó la Pragmática Sanción, y tenía también sus adquisiciones garantizadas en Silesia, sólo obtuvo una tregua momentánea porque María Teresa estaba decidida a recuperar Silesia.

Mientras Kaunitz llegaba a un acuerdo con Francia, María Teresa firmaba una alianza con Isabel de Rusia; más tarde Suecia se unió al grupo. Mientras tanto, estalló la guerra entre Gran Bretaña y Francia en las colonias de América del Norte, y Gran Bretaña firmó con Federico el tratado de Westminster, por el cual éste respetaba Hannover, por entonces posesión inglesa bajo el reinado de Jorge II. Así, el panorama estaba preparado: Prusia y Gran Bretaña por un lado, y los aliados — Austria, Francia, Rusia y Suecia— por otro.

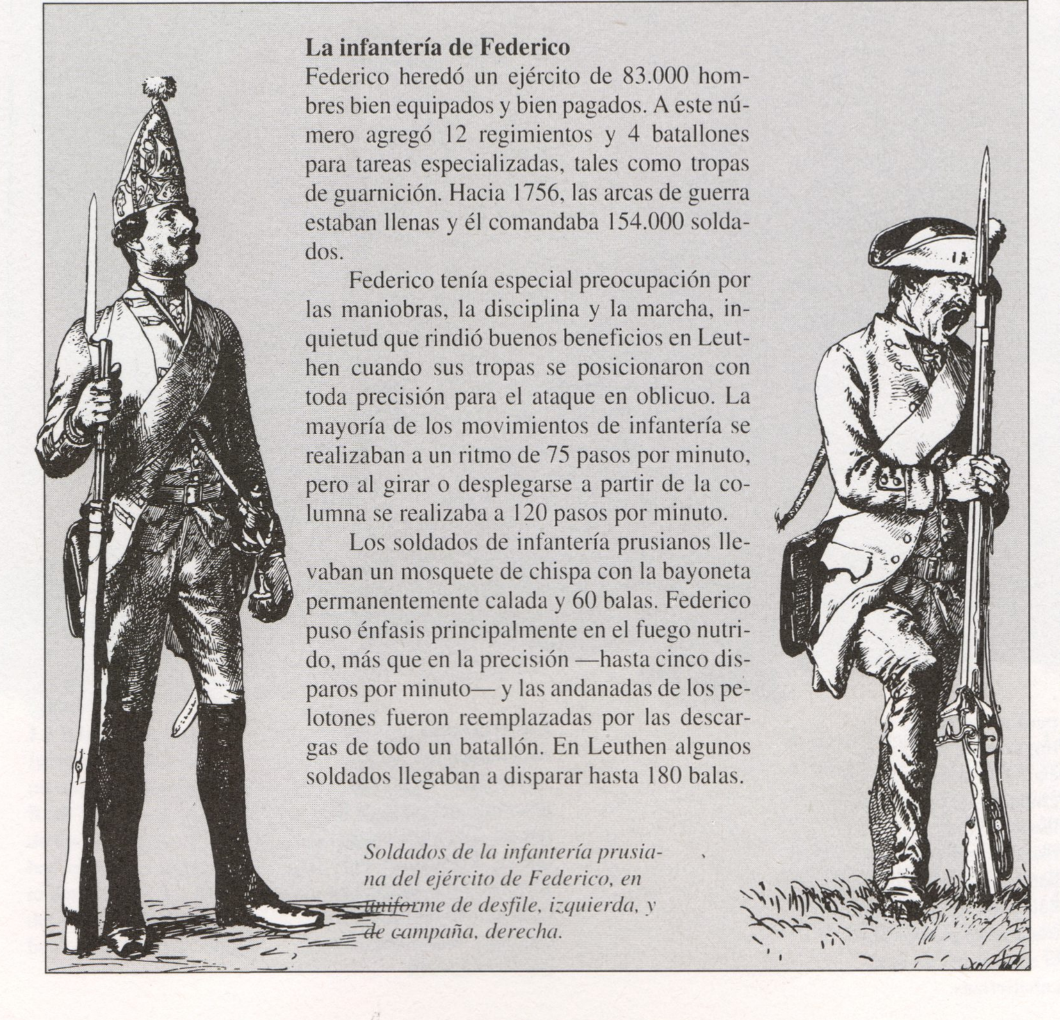
Federico sabía que Isabel de Rusia urgía a María Teresa para que se apresurara a movilizar a los austríacos. También sabía que la mayor parte de Europa ya estaba dispuesta en su contra, y que acabarían señalándolo como el agresor aunque no fuera culpable. Por lo tanto, decidió dar el primer golpe antes de que sus enemigos estuviesen preparados.

La infantería de Federico

Federico heredó un ejército de 83.000 hombres bien equipados y bien pagados. A este número agregó 12 regimientos y 4 batallones para tareas especializadas, tales como tropas de guarnición. Hacia 1756, las arcas de guerra estaban llenas y él comandaba 154.000 soldados.

Federico tenía especial preocupación por las maniobras, la disciplina y la marcha, inquietud que rindió buenos beneficios en Leuthen cuando sus tropas se posicionaron con toda precisión para el ataque en oblicuo. La mayoría de los movimientos de infantería se realizaban a un ritmo de 75 pasos por minuto, pero al girar o desplegarse a partir de la columna se realizaba a 120 pasos por minuto.

Los soldados de infantería prusianos llevaban un mosquete de chispa con la bayoneta permanentemente calada y 60 balas. Federico puso énfasis principalmente en el fuego nutrido, más que en la precisión —hasta cinco disparos por minuto— y las andanadas de los pelotones fueron reemplazadas por las descargas de todo un batallón. En Leuthen algunos soldados llegaban a disparar hasta 180 balas.



Soldados de la infantería prusiana del ejército de Federico, en uniforme de desfile, izquierda, y de campaña, derecha.

caballería y 210 cañones ligeros. El ejército contaba con unos 65.000 hombres, contra los cuales Federico no pudo poner en acción más que 33.000 soldados (48 batallones y 129 escuadrones). Sin embargo, Federico siempre había sostenido que un ataque oblicuo era posible aunque se encontrara en inferioridad numérica de tres a uno.

El flanco derecho de los austríacos, bajo el mando del general J. Lucchese, se apostó cerca del Nipern en el norte, junto a los pantanos. El flanco izquierdo, bajo el mando del general F.L. Nádasti, se situó detrás de la aldea de Sagschütz, algo más de 6,4 kilómetros hacia el sur. En el centro del frente austríaco estaba la aldea de Leuthen. El príncipe Carlos apostó el flanco izquierdo de su caballería detrás de Leuthen y el flanco derecho más al norte, cerca del pueblo de Guckerwitz.

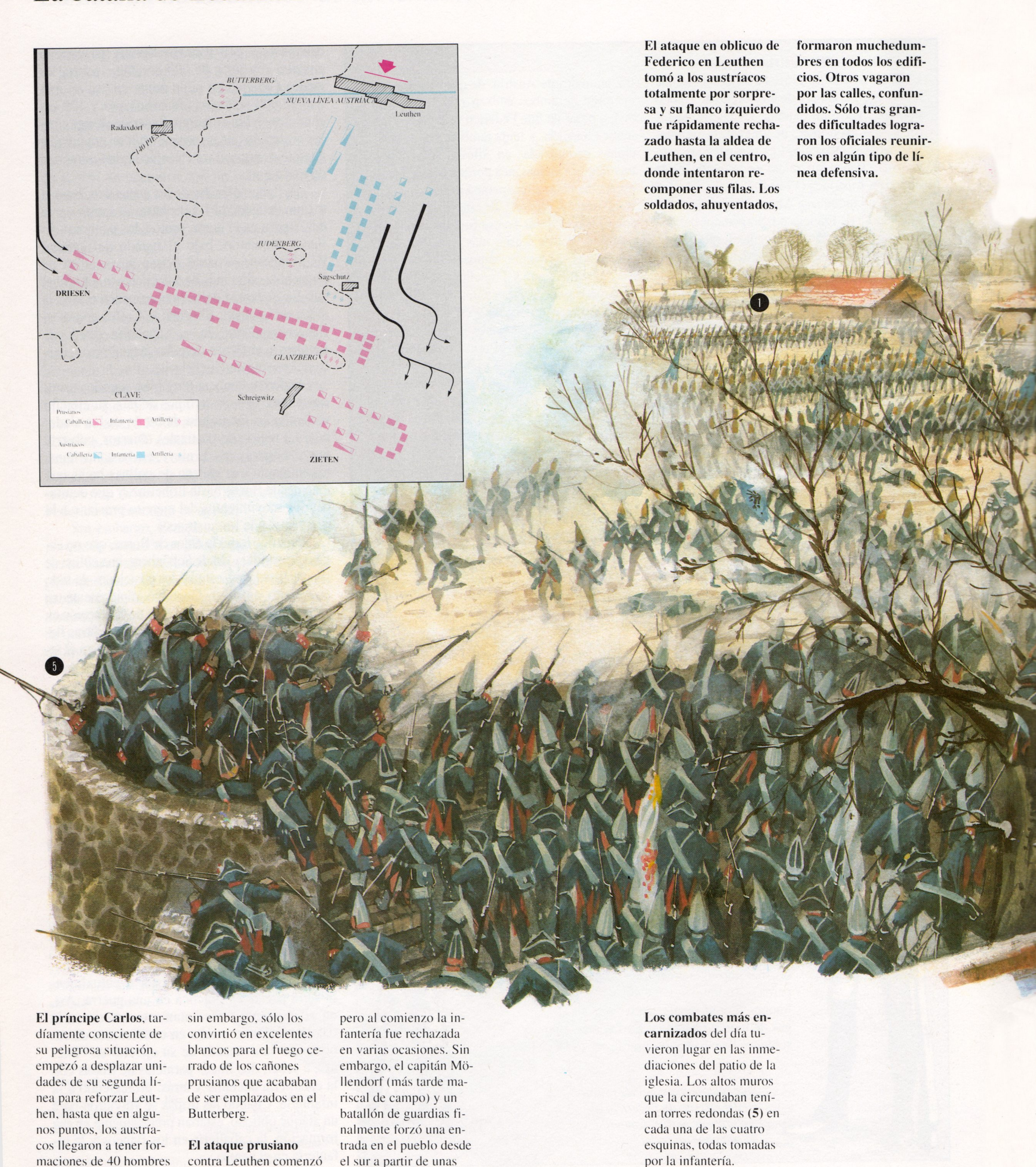
Federico conocía muy bien aquellos terrenos puesto que, en tiempos de paz, su ejército realizaba las maniobras de otoño en los aledaños. La región de pastizales abiertos, cubierta por una ligera capa de nieve, era bastante llana, exceptuando una cadena de colinas bajas que iban desde Borne hasta Lobetinz, y que ocultaban los movimientos del ejército prusiano a la perspectiva de los austríacos.

Federico tomó la aldea de Borne, que no estaba protegida, y desde Schönberg, una colina de las proximidades, estudió las posiciones de todo el ejército autríaco. Concibió rápidamente su plan. Ejecutaría un movimiento de distracción en el flanco derecho de los austríacos, mientras llevaba al grueso de su fuerza hacia el sur, en el terreno impracticable de las colinas, para asaltar el flanco izquierdo mediante un ataque oblicuo.

Sin embargo, esto significaba reorganizar sus tropas de avanzada antes de volverlas hacia el sur, para que entraran en acción contra el flanco izquierdo de los austríacos desplegados correctamente. El ejército de Federico había avanzado hacia Borne en "alas", es decir, una formación generalmente constituida por cuatro o más columnas paralelas, seguidas por igual número de columnas, y así sucesivamente a lo largo de todo su ejército, con la caballería en los flancos y la infantería en el medio.

En ese momento rindió sus frutos la insistencia de Federico en que su ejército llevara a cabo incesantes maniobras en tiempos de paz para obtener una perfección sumamente disciplinada. Federico concibió los desfiles militares sólo como una disciplina que eventualmente sería puesta en práctica en una guerra. Así, en el momento inmediatamente anterior a la batalla, Federico estaba en condiciones de reorganizar la avanzada de su ejército en "líneas", a saber, dos líneas paralelas de tropas con la caballería adelante y atrás, protegiendo a la infantería. Cuando las tropas se volvieron para un ataque oblicuo, estaban precisamente en esa formación, la caballería en los flancos y la infantería en el centro.

La batalla de Leuthen/2



El ataque en oblicuo de Federico en Leuthen tomó a los austríacos totalmente por sorpresa y su flanco izquierdo fue rápidamente rechazado hasta la aldea de Leuthen, en el centro, donde intentaron recomponer sus filas. Los soldados, ahuyentados, formaron muchedumbres en todos los edificios. Otros vagaron por las calles, confundidos. Sólo tras grandes dificultades lograron los oficiales reunirlos en algún tipo de línea defensiva.

El príncipe Carlos, tardíamente consciente de su peligrosa situación, empezó a desplazar unidades de su segunda línea para reforzar Leuthen, hasta que en algunos puntos, los austríacos llegaron a tener formaciones de 40 hombres en profundidad. Esto, sin embargo, sólo los convirtió en excelentes blancos para el fuego cerrado de los cañones prusianos que acababan de ser emplazados en el Butterberg.

El ataque prusiano contra Leuthen comenzó cerca de las 15.30 h, pero al comienzo la infantería fue rechazada en varias ocasiones. Sin embargo, el capitán Möllendorf (más tarde mariscal de campo) y un batallón de guardias finalmente forzó una entrada en el pueblo desde el sur a partir de unas caballerizas.

Los combates más encarnizados del día tuvieron lugar en las inmediaciones del patio de la iglesia. Los altos muros que la circundaban tenían torres redondas **(5)** en cada una de las cuatro esquinas, todas tomadas por la infantería.



La iglesia y su patio fueron defendidos por un batallón alemán de Roth Würzberg, aliados de los austríacos. Estaban las tropas sumamente apretadas, y las filas del frente se encaramaban sobre barriles, cajas de municiones y carromatos para disparar por encima del muro. Otros **(3)** se subieron al techo de la iglesia y al campanario para asegurarse un punto estratégico.

Los prusianos que avanzaban (1) sufrieron el fuego de los tiradores de todos lados **(2)**, apostados en las caballerizas, los establos y las casas. Ambos bandos sufrieron graves pérdidas.

La resistencia fue tan encarnizada que los prusianos tuvieron que traer una pieza de artillería para reventar la puerta del patio de la iglesia **(4)**. Una vez logrado esto, los prusianos entraron en el patio de la iglesia y obligaron al enemigo a retirarse. Después de 30 minutos de combate, Leuthen fue abandonado por todos los austríacos, que huyeron y formaron otra línea defensiva al norte del pueblo.

La batalla de Leuthen/*3*

Mientras Federico estaba ocupado dirigiendo el grueso de su ejército hacia el sur, un incidente en Borne jugó a su favor. La débil luz del amanecer empezaba a iluminar la llanura de Leuthen cuando las formaciones de avanzada de Federico encontraron la caballería enemiga, a las órdenes del general Nostiz. Estos fueron dispersados y empujados hacia el flanco derecho de los austríacos, y muchos de ellos murieron o cayeron prisioneros. Lucchese, en el flanco derecho austríaco, creyendo ser el objeto principal de la atención de Federico, pidió y recibió apoyo del flanco izquierdo de los austríacos, tal como Federico debió de desear fervientemente.

Mientras los austríacos volvían a desplegar unidades de caballería para hacer frente a este supuesto ataque principal, las unidades de Federico avanzaron hasta Borne para luego girar a la derecha y dirigirse hacia el sur, por detrás de la defensa proporcionada por los terrenos altos, hacia el flanco izquierdo del enemigo. La mezcla de la caballería e infantería prusiana desapareció de la perspectiva de los austríacos. El príncipe Carlos y el mariscal Daun no entendieron estos movimientos, y pensaron erróneamente que el pequeño ejército prusiano —la "guardia berlinesa", como lo apodaban los austríacos— tras haber observado la superioridad numérica de los aliados, se batían rápidamente en retirada.

No tardarían en salir del equívoco, porque poco después de las 12.00 h, las principales formaciones prusianas fueron vistas girando hacia el norte, cerca de Sagschütz y amenazando el flanco izquierdo de los austríacos que, anteriormente, al apoyar al flanco derecho, había perdido mucha fuerza. Así, el mermado flanco izquierdo de los austríacos, de forma inesperada y desafortunada, tuvo que resistir todo el peso y la ferocidad del grueso del ejército prusiano.

Federico aún estaba en posición para atacar en forma "oblicua". Esta maniobra parece sencilla en el papel pero es extremadamente compleja en la práctica. Antes que nada, exige una gran disciplina y precisión en el movimiento de las tropas... y los soldados de Federico eran los mejor adiestrados de Europa. A menudo había ensayado esta maniobra, pero siempre con éxitos parciales. Ahora tenía la intención de emplearla para tener un impacto arrollador.

Nádasti, que comandaba el flanco izquierdo de los austríacos, al ver que las fuerzas prusianas avanzaban (fuerzas que superaban por mucho a las suyas) a punto de embestir, envió urgentemente un mensaje al príncipe Carlos pidiendo refuerzos. Era demasiado tarde, porque para entonces Sagschütz ya había caído y los prusianos habían desplazado una batería de apoyo de seis cañones. Además, la mayor parte de la caballería austríaca se encontraba en el flanco derecho, a unos 8 kilómetros al norte. Nádasti, desesperado, cargó contra los escuadrones de la vanguardia del frente prusiano, en ese momento bajo las órdenes del general Hans Joachim von Zieten, un comandante veterano y de gran confianza de Federico. A pesar del éxito inicial de Zieten, luego Nádasti le obligó a retroceder con su caballería hasta la siguiente línea de tropas en la formación oblicua de Federico. Al cabo de un rato, el mismo Nádasti sufrió una carga, sus tropas fueron arrolladas y se dispersaron hacia los bosques alrededor de Rathen.

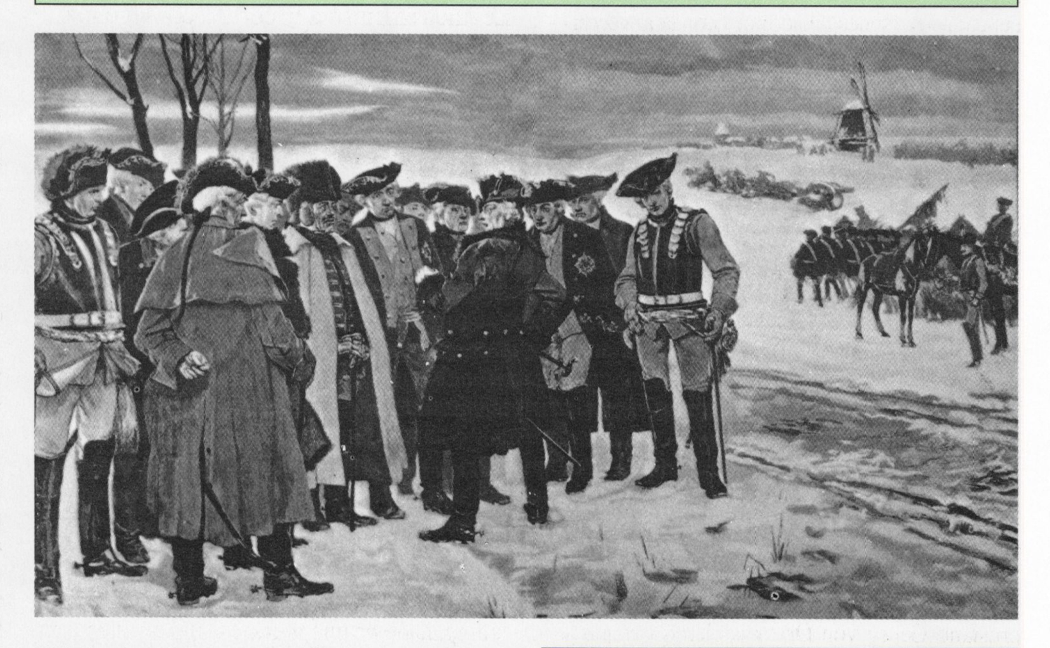
Media hora después de la carga de Nádasti, el flanco izquierdo del ejército austríaco comenzaba a desintegrarse, y las tropas huían hacia el norte, buscando la supuesta seguridad de Leuthen. Esta aldea grande, no obstante, carecía de buenas defensas, y en ese momento el príncipe

La potencia de fuego de los prusianos en Leuthen

Hacia 1756, Federico contaba con dos batallones de artillería, con un total de 2.747 soldados, 1700 caballos y 250 cañones. En 1731, los calibres de las armas se habían normalizado en cañones de 3, 6, 12 y 24 libras. Federico experimentó con dos cañones ligeros más de 3 libras, y uno ligero de 6. Pero las batallas de 1757 le convencieron de que eran inferiores a las armas austríacas. También había un modelo de cañon ligero de 12 libras, de los cuales 29 se perdieron en Breslau, dos semanas antes de Leuthen, de modo que Federico usó unos viejos cañones de 12, de Glogau. Estos bruemmers resultaron ser devastadores y, cosa poco corriente, también se usó en la batalla cañones de asedio de 24 libras.

La artillería prusiana, con 167 cañones, alcanzó su mayoría de edad en Leuthen. Una batería de 12 libras acompañó a las tropas de la vanguardia, dejando fuera de acción dos cañones austríacos y proporcionando luego un efectivo apoyo desde Glanzberg. Las armas pesadas en el Judenberg completaron el fuego cruzado oblicuo, convergiendo en el flanco izquierdo de los autríacos. Y cuando las filas austríacas se recompusieron, ambas formaciones de cañones se desplazaron para descargar un fuego cerrado contra ellos.

La mayor contribución de Federico se produjo tal vez en el campo de los obuses lanzadores de granadas. A los de 18 libras, del reinado anterior, agregó uno de 10 y uno nuevo de 18, en 1743-4. Al año siguiente de Leuthen apareció un cañón de 7 como arma de batallón y hacia 1762 todos los batallones contaban con uno de estos ejemplares.



Federico instruye a sus generales antes de la batalla de Leuthen. El artista ha pintado la escena con nieve más abundante de lo que históricamente corresponde.

Pour le mérite

La más alta condecoración de Prusia al valor fue instituida por Federico en junio de 1740 para complementar la ya algo devaluada *Ordre de la Générosité*. Si bien estaba concebida como una condecoración militar, podía ser otorgada por una invención o por un brillante desfile. Incluso el poco militarista Voltaire obtuvo una. Hasta el final de la Primera Guerra Mundial, durante la cual se otorgó a oficiales como Ludendorff y Rommel, la elegante cruz esmaltada de azul fue muy codiciada. En Leuthen recibieron esta condecoración quince oficiales del regimiento de infantería Meyerinck, que actuó como punta de lanza.

Carlos, consciente demasiado tarde del extremo peligro en que se encontraba, llamó rápidamente de vuelta a la caballería, que había desplazado por error, creyendo que la necesitaban en el flanco derecho. Mientras ésta volvía hacia el sur, lo único que él podía hacer era enviar a Leuthen todas las unidades de infantería de las que podía prescindir con seguridad en el centro.

De esta forma, el ejército austríaco giró en ángulos rectos hasta recuperar su formación original, es decir, avanzando de este a oeste a través de Leuthen, en lugar de norte a sur, como antes, intentando detener el avance de Federico por el norte. Esto dio inicio a los combates más encarnizados del día.

El efecto de estas maniobras desordenadas de los austríacos, donde imperaba el pánico, fue que Leuthen y sus aledaños pronto se vieron repletos de tropas que vagaban desconcertadas y vacilantes, de un lado a otro. Sin embargo, los austríacos resistieron ferozmente dentro del pueblo —sobre todo en el patio de la iglesia, donde los prusianos penetraron después de acosarlo con la artillería— y fueron expulsados sólo media hora después de una intensa lucha cuerpo a cuerpo.

Los austríacos se reunieron y volvieron a resistir bajo la protección de una batería situada al norte de Leuthen. Mientras volvían a recomponer sus filas, una vez más de oeste a este, Federico desplazó el cañón de mayor calibre hacia el Butterberg, una colina situada al oeste de las caóticas unidades austríacas, y sometió a éstas a un bombardeo tan intenso que las obligó a retirarse.

Llegó el momento decisivo de la batalla. El flanco izquierdo de los prusianos de pronto presentó una brecha, y Lucchese, cuya caballería —unos 70 escuadrones— había llegado finalmente del flanco derecho de los austríacos, recibió órdenes del príncipe Carlos para cargar en ese punto débil.

A medida que la caballería de Lucchese avanzaba, fue divisada por el teniente general prusiano Georg von Driesen, situado en los terrenos bajos cerca de Radaxdorf y, por lo tanto, no detectado. De pronto cargó con sus cuarenta escuadrones para coger por el flanco derecho a los austríacos que atacaban. La batalla estaba en manos de los prusianos. Lucchese cayó herido de muerte, y su caballería se desbandó. A continuación, Driesen cargó contra la retaguardia de la infantería austríaca, al norte de Leuthen.

A medida que oscurecía —la carga de Lucchese, desesperada y destinada al fracaso, había comenzado poco después de las 16.00 h de aquel día frío y nevado de diciembre— los austríacos finalmente cedieron y retrocedieron aterrorizados y en total desconcierto. Federico, acompañado de una fuerte escolta, avanzó hasta Lissa para tomar el puente y, de esta manera, impedir que los austríacos, desbandados, volvieran a reunirse para otra batalla detrás del río Weistritz.

Federico ganó con justicia la batalla y, de haber contado con unas horas más de luz para consolidar su victoria, podría haberse decidido el resultado de la guerra, al menos militarmente. Como sucede con todas las batallas hasta tiempos recientes, no se puede calcular las bajas con precisión. Se cree que los austríacos sufrieron bajas de unos 10.000 hombres y que otros 12.000 cayeron prisioneros. También perdieron 131 cañones y prácticamente todos sus pertrechos y carromatos. Las pérdidas prusianas han sido estimadas en 6.380 hombres. Napoleón escribió sobre Leuthen: «Esta batalla basta por sí sola para inmortalizar a Federico y situarlo en las filas de los grandes generales.»

Príncipe de Lorena 1712-1780

Hermano menor de Francisco I, emperador del Sacro Imperio, el príncipe Carlos estaba casado además con Mariana, hermana de María Teresa, esposa del emperador. El príncipe Carlos se unió al ejército austríaco en 1736, por lo que participó en una campaña desafortunada contra los turcos (1737-9). Mandó el ejército austríaco contra Federico el Grande, quien lo venció en Chotusitz en 1742 y de nuevo en la batalla de Hohenfriedberg en 1745. En total, Federico lo derrotó cinco veces.

Las opiniones sobre las capacidades militares del príncipe Carlos varían, pues sus defensores plantean que sus muchas derrotas estaban causadas por su mala suerte de estar al mando contra Federico, un genio militar; otros mantienen que era incompetente y un desastre personal para el ejército austríaco. En efecto, su derrota de Leuthen impulsó a la corte a conseguir su dimisión, pero sólo la presentó después de una carta de la propia María Teresa. Al final de la guerra volvió como gobernador a los Países Bajos.

El príncipe Carlos era un hombre alto, atractivo, de cara roja y constitución robusta. Era dado a comer y beber excesivamente y muy jactancioso; también tendía a los favoritismos y discutía a menudo con sus oficiales.



Grabado del príncipe Carlos, gobernador de los Países Bajos austríacos.

El legado de Federico a Prusia

Leuthen fue la victoria más brillante y completa de todas las de Federico, pero con ella no se puso fin a la guerra. En 1759, Federico fue vencido claramente por una expedición austro-rusa en Kunersdorf, y al año siguiente fue ocupado Berlín. En este momento, se piensa, Federico contempló seriamente la posibilidad de suicidarse. Pero, al cabo de dos años, en 1762, Isabel de Rusia murió y le sucedió Pedro III, un admirador de Federico, que retiró rápidamente a Rusia de la contienda.

Esto abrió el camino a la victoria prusiana, a pesar de que el país asistía a la amputación de sus fronteras por el bando enemigo y era superado númericamente en tropas en proporción de tres a uno. En 1763 se firmó la paz de Hubertusburgo, en virtud de cuyas cláusulas Federico conservó sus conquistas territoriales. Sin embargo, las campañas militares no acabaron ahí para Federico porque, aliado con Rusia, su antiguo enemigo, aseguró el virtual desmembramiento de Polonia, incorporando grandes extensiones territoriales a Prusia.

Pero sus campañas y batallas —fundamentalmente Leuthen— durante la guerra de los Siete Años, aseguraron a Federico un lugar indiscutible entre el selecto puñado de grandes comandantes. Tal vez su logro más perdurable fue que, a pesar de los estragos que Alemania habría de sufrir durante las guerras napoleónicas, Federico fue el primero en dar a Prusia su identidad esencial. Retrospectivamente, podemos ver que a partir del reino despótico de Federico, Prusia surgiría como la mayor potencia militar de Europa en el s. XIX.

EN EL PRÓXIMO TOMO

GEORGE WASHINGTON La batalla de Princeton - *3 de enero de 1777*
Contrincante: LORD CHARLES CORNWALLIS

NAPOLEÓN La batalla de Wagram - *5-6 de julio de 1809*
Contrincante: ARCHIDUQUE CARLOS DE AUSTRIA

WELLINGTON La batalla de Arapiles - *22 de julio de 1812*
Contrincantes: AUGUSTE MARMONT Y BERTRAND CLAUZEL

ROBERT E. LEE La batalla de Chancellorsville - *1-6 de mayo de 1863*
Contrincante: JOSEPH HOOKER Y JOHN SEDGWICK